

01

CLASE Y DIVERSIDAD

SIN TRAMPAS

SANDRO
MEZZADRA

MARIO
NEUMANN



katakarak
libros

En la editorial Katakarak hemos decidido apostar por las licencias Creative Commons, por eso los puedes copiar y difundir libremente los libros que publicamos. Aunque pensamos que es la mejor herramienta para difundir la cultura, por desgracia, no todos nuestros libros son CC, aunque sí la gran mayoría del fondo de la editorial.

En el momento actual, las tecnologías permiten que la copia privada de archivos digitales se pueda realizar a coste cero, lo que supone un gran gran avance para la difusión y para el acceso más democrático a la cultura. Sin embargo, los libros han tenido costes para poder estar disponibles gratuitamente en formato digital. Ha sido necesario el trabajo de muchas personas y la inversión de dinero en la compra de derechos, traducción, diseño, maquetación y edición.

Por eso, te sugerimos que hagas una donación para poder seguir impulsando la producción de textos que luego sean libres.

**CLASE Y
DIVERSIDAD
SIN TRAMPAS**

Sandro Mezzadra y Mario Neumann

CLASE Y DIVERSIDAD SIN TRAMPAS

Sandro Mezzadra y Mario Neumann

Traducción de Imanol Miramón Monasterio

Título original: *Jenseits von Interesse & Identität. Klasse, Linkspopulismus und das Erbe von 1968*

Título de la presente edición: *Clase y diversidad. Sin trampas*

Autoría: Sandro Mezzadra y Mario Neumann

Traducción: Imanol Miramón Monasterio

Licencia original: © LAIKA verlag, 2018

Diseño: Koldo Atxaga Arnedo

Primera edición: mayo de 2019

Edición y maquetación: **Katakarak Liburuak**

Kale Nagusia 54-56 / Calle Mayor 54-56

31001 Iruñea-Pamplona

editorial@katakarak.net

www.katakarak.net

@katakarak54



Este libro tiene una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Está permitido copiar, distribuir, ejecutar y exhibir libremente esta obra sólo con fines no comerciales.

No está permitido distribuir trabajos derivados basados en ella.

ISBN: 978-84-16946-32-7

Depósito legal: NA 1108-2019

Impresión: Gráficas Alzate

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
PARTE I: DE LA LUCHA DE CLASES A LA NUEVA IZQUIERDA	17
1. AQUÍ SE INTERRUMPE EL MANUSCRITO... CLASE, PROLETARIADO Y LUCHA DE CLASES EN MARX	21
2. LA CUESTIÓN SOCIAL <i>RELOADED</i>	31
3. BAJO EL SIGNO DE OCTUBRE	35
4. EL MOVIMIENTO OBRERO EN LA ÉPOCA DEL ESTADO DE BIENESTAR	41
5. CAMBIAR LA VIDA: MAYO DEL 68 Y LA NUEVA IZQUIERDA	49

6. LAS «CLASES OLVIDADAS».....	57
7. INTERSECCIONALIDAD, REPRODUCCIÓN, PATRIARCADO	63
PARTE II: POPULISMO DE IZQUIERDAS Y POLÍTICA DE CLASE.....	73
1. EL LABORATORIO LATINOAMERICANO.....	79
2. EL MOVIMIENTO DE MOVIMIENTOS Y LA MULTITUD.....	89
3. LOS MOVIMIENTOS DEMOCRÁTICOS Y LAS PLAZAS	101
4. EL NUEVO POPULISMO DE IZQUIERDAS ALEMÁN.....	109
5. EN BUSCA DEL NUEVO PROLETARIADO.....	119
BIBLIOGRAFÍA	135

INTRODUCCIÓN

Clase, identidad, pueblo. Las viejas palabras vuelven, y parecen determinar nuestras discusiones políticas. Conscientes de esto queremos, además, intentar entender qué hay detrás.

Los debates actuales dentro de los partidos de izquierda están caracterizados, desde nuestro punto de vista, por dos tendencias: por un lado, el lamento por su incapacidad de politizar el creciente descontento y la incertidumbre social, en el contexto de acontecimientos como las elecciones presidenciales estadounidenses o el referéndum del Brexit. La postura más extendida considera que todo esto tiene que ver específicamente con el olvido de la clase por parte de la izquierda, o con una insuficiente politización de la cuestión social. Por otro lado, estamos presenciando –no solo en las últimas elecciones a *la Wagenknecht* o *Mélenchon*– una nueva forma de populismo de izquierdas que pretende trabajar la

cuestión de clase en un sentido todavía más concreto. Al tratarse de una política esencialmente situada en el marco nacional y orientada hacia el Estado nación, ve la solución a la situación actual en la revitalización del Estado de bienestar. No es de extrañar que este programa político se utilice, por tanto, contra las llamadas «políticas de la identidad».

Se dice que la cuestión social ha vuelto, pero lo cierto es que nunca se había ido. La explotación y la producción de pobreza son rasgos estructurales del capitalismo. Hubo una época –la época del Estado de bienestar democrático– en la que estos rasgos estructurales del capitalismo se «domesticaban» gracias a las luchas obreras y a la política social, y al mismo tiempo tales «acuerdos de clase» quedaban completamente al margen de las condiciones globales. Esta época ha pasado ya, hoy ya no se trata de esto. La crisis lo ha dejado claro, en Alemania y en toda Europa. Y desde el «verano de la migración», la cuestión social global ha entrado de nuevo en Europa de una forma radical con el movimiento de las personas migrantes.

Diversas aportaciones a estos debates han tratado de enfrentarse a esta situación, señalando en algunos casos el significado constituyente de las luchas

migrantes y (queer-)feministas para cualquier nuevo ensayo de una política de clase de izquierdas, o subrayando su dimensión global.¹ Al mismo tiempo, sin embargo, hay una gran cantidad de intervenciones (muchas de ellas desde el entorno de Die Linke), que abordan la gravedad de la situación intentando que la realidad social entre en el corsé del siglo XX. Esta ofensiva contra la Nueva Izquierda ha encontrado una buena oportunidad con la publicación de la edición alemana de *Regreso a Reims*, de Didier Eribon,² lo que ha provocado, creemos, una confrontación profunda y problemática. En el punto álgido de la discusión, casi parecía como si la Nueva Izquierda, el feminismo, las personas migrantes o la comunidad LGTBIQ fueran responsables del hundimiento del movimiento obrero clásico y el camino para su renovación fuera, por tanto, una vuelta a las viejas «virtudes». «¡Abajo la política de la identidad, la verdadera lucha de clases y la contradicción

1 Véase, p. ej. Wolter, Kerstin; Wischnewski, Alexandra, «Vorwärts: Wir brauchen eine Politik für morgen», en *Neues Deutschland*, 2016, Disponible online en: <https://www.neues-deutschland.de/artikel/1032174.vorwaerts-wir-brauchen-eine-politik-fuer-morgen.html> [última visita: 12 de febrero de 2019]; Lessenich, Stephan, *Neben uns die Sintflut. Die Externalisierungsgesellschaft und ihr Preis*, Berlín, Hanser, 2016.

2 Eribon, Didier, *Rückkehr nach Reims*, Berlín, Suhrkamp, 2016 [edición en castellano: *Regreso a Reims*, Buenos Aires, Libros del zorzal, 2016].

principal han vuelto! ¡Todo lo demás es superestructura!» parecían gritar los autodenominados portavoces de la «clase» –sin comprender qué es y dónde está ahora la «clase», ni en qué medida está ligada a lo que intentan difamar como «política de la identidad»–. Piensan que pueden responder a la cuestión de la unidad con viejas cosmovisiones y que ya conocen las respuestas. Se equivocan.

Clase y populismo de izquierdas, decíamos. ¿Son estas dos respuestas aparentemente idénticas (que históricamente formaban más bien una oposición) las que deben mostrarnos juntas el camino hacia el fin de la crisis? El escepticismo es inevitable. En realidad, creemos que las cuestiones que traen consigo –la clase como pregunta por las condiciones de vida y de trabajo organizadas bajo el mando capitalista, por un lado, y el populismo de izquierdas como pregunta por la «articulación política», por otro– tienen sin embargo un valor fundamental. En todo caso, sin aclarar con más precisión qué es hoy la clase y cuáles son las tareas para politizar las relaciones sociales, el debate amenaza con convertirse en una pura retórica de una política centrada en los intereses socio-políticos –o, por decirlo más crudamente, en un populismo del Estado del Bienestar–.

En el presente texto negamos que la visión más generalizada sobre la clase sirva para referirse a la situación actual del trabajo vivo y de la economía global. Negamos la identificación entre cuestión de clase y cuestión social, así como la equiparación de conciencia de clase e intereses materiales. También negamos categóricamente que una forma de pensar objetivista, que identifica en la clase y en los intereses políticos una verdad prepolítica e histórico-filosófica, pueda tener hoy una relevancia especial. Preguntarse por la clase es un ejercicio político, así como la pregunta por lo político es una cuestión de clase. Por esta razón, no es aceptable valerse de esto para ir contra las prácticas feministas y antirracistas, como hacen algunas figuras políticas de alto nivel en la izquierda. Estas prácticas han estado, al menos desde 1968, en el centro de todos los intentos por desarrollar una política de clase adecuada a cada momento.

Por eso creemos que un debate colectivo sobre la clase y el populismo de izquierdas debe empezar, en realidad, con la relación entre el movimiento obrero clásico y los llamados Nuevos Movimientos Sociales. Por tanto queremos comenzar aquí con la cuestión de cómo surge la Nueva Izquierda a partir del movimiento obrero. Esperamos poder mostrar

que lo que precisamente eran y son estos movimientos resulta clave para comprender lo que es la clase a día de hoy (Parte I). En el centro de estas discusiones se encuentra, desde nuestro punto de vista, el debate actual sobre el concepto de populismo de izquierdas y las transformaciones que ha sufrido en los experimentos latinoamericanos, en las luchas del movimiento contra la globalización y en los movimientos por la democracia (Parte II).

Vuelven las viejas palabras. Pero no creemos que las viejas soluciones todavía sean válidas. La búsqueda de lo que los diferentes movimientos y luchas tienen en común debe encontrar nuevos caminos y necesita para ello nuevos mapas. Los territorios de esta búsqueda han sido atravesados por contradicciones profundas, desacompañamientos y diferencias. Pero, igualmente, son variados, rebeldes, insumisos y complejos. No se dejan interpretar por con los métodos del siglo XX. Entre otras cosas, debido a una historia de luchas que ha desafiado, transformado y profundizado el significado de conceptos como clase, partido y pueblo. Por eso, según creemos, la crisis actual del Estado de bienestar tampoco nos sitúa frente al retorno de un capitalismo «puro» que haya que domesticar de nuevo con las viejas técnicas socialdemócratas.

Antes de comenzar, queremos hacer una observación metodológica: nuestro objetivo no es aquí, evidentemente, fijar una definición de la clase ni una política derivada de ella; menos todavía escribir una historia de la Nueva Izquierda ni describir su complejidad. Las teorías del todo no nos pueden seguir ayudando, ni tampoco los intentos por abarcarlo todo. En este sentido, para nosotros la clase tampoco es una respuesta a la desorientación actual de la izquierda, sino más bien una pregunta ambiciosa e irresuelta, aunque importante e interesante, que provoca y estimula más que nunca la imaginación política. El amplio campo que nos abre no es solamente el del análisis lógico, sino el de la historia de las revueltas y los movimientos sociales de uno y otro lugar –algunos de cuyos episodios recordaremos aquí–. Esas preguntas se sitúan en el centro de la discusión actual y no tienen que justificarse ante nada ni nadie. Aunque el camino para encontrar respuestas sea largo, lo intentaremos. Cincuenta años después de las revueltas de mayo del 68 deberíamos tener cuidado con girar hacia atrás los relojes.

En este sentido: corred, compañeros y compañeras, ¡la vieja izquierda os pisa los talones!

Parte I: De la lucha de clases a la Nueva Izquierda

Comencemos con Didier Eribon. Su *Regreso a Reims*, publicado en francés hace ya ocho años y escrito antes de la crisis global de la economía, es ahora una de las pantallas centrales para discutir la relación entre política de izquierdas y lucha de clases. El debate político en Alemania ha proyectado el libro de Eribon sobre la situación política actual y ha conferido a sus descripciones una relevancia especial. En sentido figurado, la izquierda política o de partido alemana (equivalente más o menos con la Nueva Izquierda) certifica un olvido de la clase, que ha conducido a un abandono de los entornos obreros tradicionales –al igual que los y las trabajadoras de Reims han pasado a votar al Front Natio-

nal-. Eribon, según reza esta interpretación, tiene algo que decirnos que también vale para Alemania: la Nueva Izquierda (en el caso de Eribon encarnada en su patria adoptiva de París) se ha despedido de la clase obrera por medio de una «política de la identidad» despojada de lo social, y la vieja izquierda (la socialdemocracia), por su parte, ha vendido a la clase obrera. El resultado es una clase a la que se le ha robado la voz y las capacidades para defender políticamente sus intereses y con ello también (de una forma no muy transparente) su identidad. Una clase que, desde entonces, presta atención al populismo de derechas –se piensa ahora como pueblo y ya no como clase–. Lo que a primera vista parece un estudio de campo (especialmente brillante) se revela, si miramos con atención, como un desafío fundamental. Y si bien es cierta la tematización de Eribon del distanciamiento político de estos dos espacios; no es correcto el análisis del enfoque político (en contraposición a uno literario-biográfico) por pretender abordar el problema de una forma demasiado simplificadora.

Para decirlo con claridad: nos gustaría incidir en que ni el mismo Eribon explica la situación política de su ciudad de nacimiento, Reims, a partir de la ausencia de la Nueva Izquierda, incluso cuando

esto constituya el centro (biográfico, lógicamente) de su libro. Sus descripciones bosquejan más bien un vacío que solo se comprende mirando a la historia y al hundimiento de las instituciones del movimiento obrero tradicional. Dar a esto la importancia que se merece nos debería prevenir de buscar la solución estratégica al problema enunciado por Eribon en un fácil «retorno» a esas formas de la política de los intereses, o de entender el problema como un fracaso exclusivo de la Nueva Izquierda. Partiendo de esto, podemos hacernos otras preguntas. Eribon esboza en realidad, de forma implícita, un doble fracaso: el de la política de los intereses y el de la política de la identidad. Es por esto que se vuelve completamente improductivo buscar la solución a las preguntas actuales en una sola de las dos políticas mencionadas. Creemos que existe otro problema completamente diferente, también ahora en Alemania; *que la izquierda alemana nunca ha trabajado suficientemente su propia modernización y se ha desplazado a otra nueva línea política. Y que como la vida en común entre la vieja y la nueva izquierda era pura coexistencia, esta unidad superficial vuelve a amenazar con descomponerse en sus elementos iniciales –que respectivamente, y tomados en sí mismos, no pueden ofrecer ninguna respuesta a las preguntas del presente–.*

Para tratar de aclarar esta tesis, queremos atrevernos antes con una breve e incompleta genealogía de un desarrollo político que hemos firmado con el título «De la lucha de clases a la Nueva Izquierda». A diferencia de los enfrentamientos que defienden algunos discursos actuales, aquí partimos de una premisa fuerte: la Nueva Izquierda, el movimiento feminista y las luchas de las personas migrantes no son lo contrario de las luchas políticas, sino que históricamente han estado en su centro y han ayudado también a superar los límites objetivos del marxismo tradicional y de su concepto de clase. Consideramos, de hecho, que aquellas luchas que demasiado a menudo se minusvaloran como políticas de la identidad no solo han surgido en el ámbito del trabajo, sino que han anticipado y politizado incluso las transformaciones del mundo del trabajo. De lo que aquí se trata no es, pues, de la disyuntiva «esto o lo otro», sino de la conjugación sistemática, del «y», de la recomposición política y teórica de las luchas pasadas y presentes –y no solo de su reunión superficial–. Más tarde mostraremos que esta recomposición es precisamente el punto de partida de una política de clase del siglo XXI.

1. Aquí se interrumpe el manuscrito...

Clase, proletariado y lucha de clases en Marx

Así pues, la clase. Pero, ¿qué significa exactamente clase? ¿Es una categoría sociológica, un concepto político, una constelación histórica, un lema activista para la lucha? El concepto de clase se ha utilizado en todos estos sentidos, y sería fácil añadir otros más. Sin embargo, su significado no puede reducirse a ninguno de estos usos. Intentaremos, en primer lugar, echar un vistazo a la historia del concepto para reconstruir el origen y el significado de esta complejidad semántica del concepto

«clase». Podría ser que estos significados múltiples representen precisamente para nosotros, hoy, tanto un desafío como un recurso.

En un principio, se podría decir, surgió la cuestión social –el fantasma que intranquilizaba a la Europa burguesa al menos desde el gran levantamiento de los *canuts* (obreros de la seda) de Lyon en 1831–. Se había creado una nueva forma de pobreza en Europa, que era peligrosa precisamente por no ser un fenómeno secundario. Estaba claro que la cuestión social se había establecido en el corazón de los procesos de producción de riqueza de los inicios de la época industrial. Se trazaron proyectos de disciplinamiento moral de los pobres especialmente en Francia y en Inglaterra, mientras en Alemania los escritos de Lorenz von Stein (1842) informaban, ya en la década de 1840, de una gestión administrativa de la «cuestión social» bajo el signo de una «monarquía social».

Y entonces llegó Marx –seguramente no vino solo, pero su intervención fue poderosa–. La «plebe» hegeliana tomó en él, tras unos cambios en el viejo concepto, la nueva forma del *proletariado*. Mientras la plebe y los pobres habían sido pensados, en cierta medida, como incapaces de actuar,

el proletariado de Marx era el sujeto histórico por antonomasia –a quien se le encargaban un montón de tareas (seguramente demasiadas)–. La materialización de la filosofía clásica alemana era quizás un poco exagerada –o solamente un chiste de este joven chaval–. Pero seguramente el proletariado sí que ha cumplido una de aquellas tareas; desafiar de forma radical la sociedad burguesa. Por consiguiente, el fantasma de la cuestión social recibió también un nuevo nombre –y a pesar de la sangrienta represión del levantamiento de junio de 1848 en París, el comunismo encontró allí su encarnación–. La preocupación de la Europa burguesa se transformó en auténtico pánico.

A pesar de que la cuestión social también recibió el nombre de «cuestión de clase», la polisemia del concepto de clase no debería nunca ser olvidada. Karl Marx siempre fue consciente de ella. Es conocido que el último capítulo del tercer volumen de *El capital*, en la edición corregida por Engels, lleva por título «Las clases». En él, Marx desarrollaba una primera fundamentación económica y sociológica de la clase. «A primera vista», escribe, «la identidad de los réditos y de las fuentes de rédito» parece ser la base de la existencia de las tres grandes clases de la sociedad moderna capitalista –trabajadores,

capitalistas y terratenientes—. Sin embargo, directamente después Marx experimenta una suerte de sensación de vértigo ante la «infinita fragmentación de intereses y posiciones» que «dividen» a estas tres clases internamente. Aquí se interrumpe el manuscrito, nos informa Engels.³ Conviene detenerse en este momento de desorientación conceptual en Marx, y ponerlo en valor frente a la retórica política más extendida que presenta la clase como algo evidente, fundamentado objetivamente. Muchas vaguedades, tensiones y ambigüedades del concepto de clase que todavía caracterizan el debate actual estaban presentes ya en la obra misma de Marx —y no hay que entenderlas, de ningún modo, como carencias, sino que más bien responden a una ambigüedad productiva de la cosa—.

¿Era el proletariado una clase para Marx? Seguramente no era un «estamento», ya que significaba la «disolución de todos los estamentos».⁴ Como es sabido, se trataba de «una clase con *cadena* radicales, de una clase de la sociedad burguesa que no

3 Marx, Karl; Engels, Friedrich, *Marx-Engels Werke* (MEW), 39 vols., Berlín, Dietz, 1958-1971 [edición en castellano: *El capital*, Madrid, siglo XXI, 2017, pág. 1004].

4 Traducimos aquí *Klasse* como «clase» y *Stand* como «estamento», aunque es común en castellano utilizar para ambos términos alemanes la acepción «clase» [N. del T.].

es una clase de la sociedad burguesa». ⁵ Esta expresión un poco complicada indica que la cuestión que inquietaba a Marx al final del tercer volumen de *El capital* –«¿Qué forma una clase?»– es algo que ya lo tenía ocupado en su juventud. Naturalmente, la reflexión sobre el concepto de clase está muy estrechamente ligada en Marx con sus increíblemente ricas y complejas reflexiones sobre la cuestión del trabajo –que definía en su obra temprana *Manuscritos de economía y filosofía* con impactantes palabras como «la vida que crea vida». ⁶ Tiene sentido dejar que estas palabras resuenen también en la crítica de la economía política, donde el concepto de trabajo está sometido a innumerables usos y se divide especialmente en una serie de opuestos: trabajo y fuerza de trabajo, trabajo concreto y abstracto, trabajo vivo y muerto, trabajo productivo e improductivo, etc.

El último de estos opuestos, en especial, ha conducido a interminables discusiones y sobre todo ha nutrido un intento por concebir la «clase obrera» exclusivamente como el colectivo de personas que

5 MEW 1, 390 [edición en castellano: *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Valencia, Pre-textos, 2014, pág. 72].

6 MEW 40, 516 [edición en castellano: *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 2018, pág. 142].

desempeñan cualquier trabajo que sea definido como «productivo» (en primer lugar el trabajo en la fábrica). El simple hecho de que Marx no enuncie en su teoría el trabajo reproductivo de las mujeres (es decir, el trabajo –«vida que crea vida»– que produce esa curiosa mercancía que es la fuerza de trabajo), aunque en sus textos haya partes en las que parecía casi imposible no verlo, debe servirnos hoy para no tratar con demasiada ligereza el concepto de «trabajo productivo». La composición, los límites y la dimensión política del trabajo «productivo» son momentos decisivos de cualquier intento por definir el concepto de clase. Y merece la pena mantener abiertos estos momentos y valorar el campo de tensiones al que alude Marx en los *Grundrisse*, donde escribe que el trabajo «por un lado es la *miseria absoluta como objeto*, y por otro es la *posibilidad universal* de la riqueza como sujeto y como actividad».⁷

En este contexto queremos mencionar una interpretación desarrollada por Karl Korsch en los años 1930 que han retomado y seguido desarrollando, por ejemplo, Pierre Dardot y Christian Laval.⁸ En

7 MEW 42, 218 [edición en castellano: *Grundrisse*, Madrid, Siglo XXI, 1971, pág. 236].

8 Dardot, Pierre; Laval, Christian, *Marx, prénom: Karl*, París, Gallimard, 2012.

Marx había una «oscilación» permanente entre dos polos –entre el polo de una descripción «objetiva» de los procesos históricos como desarrollo de las fuerzas productivas, por un lado, y el polo que resalta la «lógica estratégica» del enfrentamiento y de la guerra, es decir, de la lucha de clases, por otro–. El concepto de clase es la encarnación más precisa de esta oscilación.

Para esta interpretación se pueden encontrar seguramente en los escritos de Marx muchos testimonios –más allá de la famosa diferenciación entre una «clase en sí» y una «clase para sí», que en *Miseria de la filosofía* menciona y no retoma después nunca más–. Aunque es innegable esta oscilación, no queremos conformarnos con hablar de «dos Marx». Lo que las últimas investigaciones de la obra de Marx han mostrado es, más bien, que hay *muchos* Marx.⁹ Y en vez de elegir entre uno de esos muchos Marx, resulta mucho más productivo en sentido teórico y político poner de relieve las tensiones que atraviesan y constituyen su pensamiento. Más que ante una oscilación, en el

9 Véase el resumen en Mezzadra, Sandro, *Nei cantieri marxiani. Il soggetto e la sua produzione*, Roma, Manifestolibri, 2004 [edición en castellano: *La cocina de Marx. El sujeto y su producción*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2016].

concepto de clase marxiano nos enfrentamos a una poderosa *tensión*. Esta tensión quedó *irresuelta* en Marx. En el marxismo y en la historia del movimiento obrero, esta tensión irresuelta fue la raíz de interminables discusiones en torno al concepto de conciencia de clase en sentido teórico y en torno a la cuestión de la organización y especialmente a la del partido, en sentido político.

Es innegable, en todo caso, la relación estrecha que existe en Marx entre clase y *lucha de clases*: «Los diferentes individuos solo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase», reza la famosa frase de *La ideología alemana*.¹⁰ Esta relación, según nuestra tesis, está siempre presente en Marx; también allí donde la lucha de clases parece borrarse tras la autonomía del desarrollo estructural del capital, e igualmente la clase, por expresarlo con las palabras de *La ideología alemana*, parece convertirse en una estructura autónoma, por la que los individuos «son absorbidos» y en la que «se encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas». ¹¹ Queremos insistir en el planteamiento: nos encontramos ante

10 MEW, 3, 54 [edición en castellano: *La ideología alemana*, Madrid, Akal, 2014, pág. 46].

11 *Ibid.*

una tensión que sirve para seguir abriendo nuestra discusión política actual e incluso para radicalizarla.

En sentido político, se podría añadir que esta tensión tiene también otra forma, como la que ha puesto de relieve especialmente Étienne Balibar,¹² que se expresa en la borrosa relación entre «proletariado» y «clase obrera». Esta cuestión es relevante en Marx en la medida en que, por decirlo de forma incisiva, indica una diferencia entre ambos planos analíticos, esto es, entre la crítica de la economía política (referida sobre todo a Inglaterra, aunque Marx problematizara esto después, en años posteriores, de forma interesante) y la descripción y la reflexión teórica sobre la acción proletaria rebelde (para la que Francia era el modelo). Pero, hoy, la cuestión es todavía más importante, ya que ha de ser desarrollada en el terreno de la crítica de la economía política. La tensión entre clase obrera y proletariado en Marx es así, para nosotros, una exigencia teórica de no dar por supuesta, como algo obvio, la encarnación subjetiva (y la composición) de la clase.

12 Balibar, Étienne, *Masses, Classes, Ideas. Studies on Politics Before and After Marx*, Londres – Nueva York, Routledge, 1994, capítulo 5.

2. La cuestión social *reloaded*

¿Que ocurrió con el pánico de la Europa burguesa tras los levantamientos de 1848, y sobre todo tras la Comuna de París de 1871? Mucha represión, eso lo sabemos. Y una ampliación de los proyectos coloniales, que culminaron con el «reparto de África», y prepararon la I Guerra Mundial, eso también lo sabemos. Sin embargo, hemos de tener en consideración también otras respuestas de los Estados y clases dominantes. En el siglo XIX, bajo la presión de potentes luchas obreras, los Estados europeos más importantes retomaron la cuestión social. Se trabajó tanto a nivel público como por medio de una gran cantidad de asociaciones dentro de la sociedad burguesa. Muchas investigaciones, especialmente las *foucaultianas*, aunque no únicamente, han mostrado cómo la cuestión social se convirtió en una *categoría gubernamental*. Esta relación

resulta reveladora también para los debates actuales. Nos recuerda que la cuestión de clase y la cuestión social no son de ningún modo equivalentes, sino que la última se refiere al trabajo público, a la respuesta específica del Estado a los conflictos sociales.

Higiene y demografía –ciencia de la policía y filantropía– trabajaban conjuntamente para trazar una clara línea divisoria entre clases trabajadoras «peligrosas» y «laboriosas» (entre *classes laborieuses* y *classes dangereuses*, por remitirnos al título del revolucionario libro de Louis Chevalier de 1958)¹³ y para anclar con fuerza la disciplina del trabajo asalariado y la violencia de mando del capital en las fábricas. Al mismo tiempo, surgían nuevas formas de política social tanto en Alemania como en Gran Bretaña y Francia, que expresaban de una manera ambivalente el reconocimiento de la clase obrera como sujeto. El ámbito de investigación del «movimiento obrero» se convirtió también en un espacio de lucha. Bajo la impresión por el crecimiento industrial de los años 1860 surgió en Alemania una viva discusión entre economistas e investigadores sociales: «se concentraba», escribe por ejemplo

13 Chevalier, Louis, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*, París, Plon, 1958.

Eckart Pankoke, «en medidas tácticas para canalizar políticamente el ‘movimiento obrero’ y en concesiones pragmáticas en temas de política del trabajo, del salario y de la seguridad social». ¹⁴ Durante y después de la gran crisis de los años 1870 y 1880, el capitalismo experimentó una gran transformación llevada a cabo por medio de procesos de organización de cárteles y *trusts*, así como una nueva racionalización de la organización industrial del trabajo. Fue la presión de las luchas obreras la que introdujo de forma combativa y contradictoria algunos elementos nuevos democratizadores dentro de estos procesos –el reconocimiento de los sindicatos, así como el paso del contrato laboral individual a los convenios colectivos–.

Como se sabe, todo esto era el trasfondo de la gran discusión sobre el «revisionismo» surgida en la socialdemocracia alemana y europea a finales del siglo. No queremos volver a analizar este momento tan importante en la historia del movimiento obrero europeo. Resulta más importante, para los objetivos de este texto, insistir en que en el marxismo de la segunda internacional dominaba una interpretación economicista y objetivista del concepto

¹⁴ Pankoke, Eckart, *Sociale Bewegung – Sociale Frage – Sociale Politik*, Stuttgart, Ernst Klett, 1970, pág. 56.

de clase. Y esta interpretación estaba destinada, de diferentes maneras, a cooperar de forma objetiva con una reinterpretación en clave gubernamental y estatal de la cuestión social. Naturalmente, había excepciones y críticas –desde la importancia que daba Rosa Luxemburgo al papel de la espontaneidad obrera, la democracia socialista y la acción de masas hasta la apuesta subjetiva de Lenin sobre la posibilidad de una anticipación revolucionaria del desarrollo del capitalismo en Rusia–. Pero en términos generales, la interpretación economicista y objetivista del concepto de clase siguió siendo dominante –y se reprodujo, de diversas maneras–, hasta la época de la II Guerra Mundial.

Además, podemos añadir que en la historia de la URSS y del socialismo real, tras la muerte de Lenin, las dinámicas de desarrollo político, económico y social estuvieron determinadas por una curiosa combinación: el concepto de clase interpretado objetivamente y la cuestión social analizada como categoría gubernamental.

3. Bajo el signo de Octubre

Claro, la apuesta comunista de Lenin finalmente se perdió, ya que las transformaciones de la «fortuna», por expresarlo en palabras de Maquiavelo, se volvieron contra la «eficiencia» soviética –lo que no es ninguna razón para no reivindicar la radicalidad de aquella apuesta como una parte esencial de nuestra historia–. Pero aparte de esto, desde una perspectiva histórica, la victoria de la revolución de octubre fue un momento de inflexión en la historia mundial, por decirlo con sencillez. En esto tenemos que dar la razón a *La historia del siglo XX* de Eric Hobsbawm;¹⁵ aunque se piensen otras cosas también de ese libro, la revolución rusa es *el* acontecimiento que da comienzo al siglo XX. Pensemos solamente en

15 Hobsbawm, Eric, *Das Zeitalter der Extreme. Weltgeschichte des 20. Jahrhunderts*, Múnich, Dtv, 1998 [edición en castellano: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2011].

la circulación global del *octubre*, en sus efectos en el mundo colonizado o en China. Hay una línea que conduce desde las obras de Putilow hasta la descolonización (esto es, a otro proceso memorable). ¿Queremos decir con esto que hay una continuidad directa? No debería ser necesario responder negativamente a esta pregunta y añadir, en primer lugar, que somos plenamente conscientes de la gran cantidad de intervenciones catastróficas del Komintern en Asia y en Latinoamérica tras el (increíblemente importante, sin duda) Congreso de los Pueblos del Este de Baku (1920); y en segundo lugar, que las luchas anticoloniales y antiimperialistas tienen una historia y una genealogía complejas, autónomas y variadas, con sus propias victorias y derrotas. Pero, a pesar de todo, merece la pena aquí retomar la representación de Ilya Babel –la imagen de la «misteriosa curva de la línea recta» de Lenin, que conduce el análisis de la realidad de la clase trabajadora hacia la necesidad de su organización política– para observar sus transformaciones globales. En todo caso, *octubre* significó también el nacimiento de un nuevo mundo político en sentido literal. Aún más: *octubre* comienza ya en febrero con la huelga de mujeres de San Petersburgo.

En todo caso el objeto de nuestro análisis es, sobre todo, Europa. Aquí las consecuencias de *octubre* no fueron seguramente menos poderosas. De Berlín a Turín, pasando por Budapest o Viena desde un primer momento quedó patente la extensión geográfica y la profundidad política de la revolución comunista. Es cierto, sabemos que la derrota en Europa central y en el sur contribuyó fatalmente a la transformación de la «fortuna» también en Rusia. Sin embargo, la influencia de *octubre* no desapareció con esta derrota. En Alemania, la Constitución Imperial de Weimar fue expresión de aquello. Hubo acuerdos de compromiso, errores fatales en la construcción del federalismo y de las relaciones entre el presidente y el gobierno; somos conscientes de ello. Sin embargo, estos errores no son razón para perder de vista la importancia estratégica del reconocimiento de los derechos sociales fundamentales y del anclaje constitucional de un complejo sistema de consejos, a través del artículo 165. No tenemos como propósito analizar el fracaso de la puesta en práctica de aquella constitución en los años veinte del siglo pasado. Tratamos, más bien, de poner de relieve que estos acontecimientos constituyentes –como, por ejemplo, sostuvo explícitamente Friedrich Naumann en un discurso

ante la asamblea constituyente en Weimar– solo fueron posibles bajo la impresión, la presión y la amenaza del *octubre* ruso. El reconocimiento del poder obrero (a la vez que el intento por domesticarlo) que había tomado forma política en la URSS era innovador.

No es necesario tener simpatía por la obra completa de Toni Negri para reconocer la relevancia de una de sus tesis, formulada en los años sesenta:¹⁶ bajo el signo de *octubre*, el siglo XX ha estado marcado por un proceso de «constitucionalización del trabajo» –con ello se refiere al intento por reconocer y mistificar, al mismo tiempo, el poder de la clase obrera bajo las condiciones de producción industrial en masa–. «Mistificar» significa reducir y neutralizar la amenaza de la revolución. «Reconocer» significa, por un lado, abrir un espacio a los representantes de la clase obrera, tanto en la política como en las fábricas, y por otro lado, poner en valor la dinámica de la lucha de clases como momento dialéctico del desarrollo capitalista a través de la extensión del consumo de masas. Evidentemente,

16 Hardt, Michael; Negri, Toni Negri, *Labor of Dionysus. A Critique of the State-Form*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1994, capítulo 4 [edición en castellano: *El trabajo de Dionisos. Una crítica de la forma-Estado*, Madrid, Akal, 2003].

el *New Deal* de EEUU, desarrollado bajo la presión de espectaculares luchas obreras y de un nuevo sindicalismo industrial, tenía aquí una función ejemplar. Tras la II Guerra Mundial, esto quedó especialmente claro en países de Europa occidental como Italia o Francia, donde el capital se enfrentó a la clase obrera armada. Mientras el triunfo del *Labour Party* en Inglaterra en 1945 incluía la amenaza de una radicalización socialista de los planes de reforma sociopolítica ideados por William Beveridge bajo el encargo del gobierno de guerra de Winston Churchill. Entre tanto la coyuntura política del *New Deal* estadounidense llegaba a su fin (y se desarrollaban nuevas formas de mediación de las relaciones entre capital y trabajo), y el Plan Marshall creaba un marco para su proyección en Europa occidental. Seguramente la integración europea comenzó bajo la presión de la política pragmática de EEUU en la Guerra Fría. Y estuvo seguramente marcada por una orientación ordoliberal. Desde el principio, sin embargo, no debemos olvidar que el desarrollo del Estado de bienestar democrático en cada uno de los países de Europa occidental solo fue posible en el marco de la integración europea.

4. El movimiento obrero en la época del Estado de bienestar

El Estado de bienestar democrático –o el «Estado social (y) nacional»– (según el giro de Balibar)¹⁷ fue la forma política de constitucionalización del trabajo tras la II Guerra Mundial. Naturalmente, se manifestó de manera muy distinta en cada país. Desde las ciencias políticas y la sociología se han descrito estas formas específicas y se han acentuado, por ejemplo, las diferencias entre los modelos liberales,

17 Balibar, Étienne, *We the People of Europe. Reflections on Transnational Citizenship*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2003 [edición en castellano: *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa? Las fronteras, el Estado, el pueblo*, Madrid, Tecnos, 2003].

corporativos y socialdemócratas o entre las realizaciones sociopolíticas universalistas o centradas en el trabajo. Un concepto como «Estado social de derecho», que ocupa una posición prominente en la constitución de la RFA, incitó vivas discusiones entre los juristas que jugaron, especialmente en los años cincuenta, un claro e importante papel político. A menudo se utilizó (y se utiliza) la categoría de Karl Polanyi de «desmercantilización» para conceptualizar las prestaciones del Estado de bienestar democrático. Lo que nos interesa, sin embargo, es otra cosa: la posición y las transformaciones de la clase obrera y del movimiento obrero dentro de la compleja constitución material del Estado de bienestar democrático. En este sentido, debemos avanzar esquemáticamente y formularlo en términos generales (y sobre todo evitar un análisis detallado de las diferencias entre los países). Desde el principio como consecuencia de la institucionalización de la «democracia industrial», y en el marco de la función de los convenios colectivos en la regulación de la dinámica del desarrollo capitalista, los sindicatos sufrieron profundas transformaciones. No se trató de un proceso directo ni libre de contradicciones, pero la tendencia que se había esbozado a principios del siglo XX, especialmente en Alemania, se generalizó en Europa occidental.

Los sindicatos tendieron, de esta manera, a convertirse en aparatos del Estado, como consecuencia de un proceso que ha sido descrito en la literatura de las ciencias políticas como «*new (democratic) corporatism*» [nuevo corporativismo (democrático)]. El «movimiento obrero» estuvo muy marcado también por esta tendencia, a pesar de que el camino hacia la estatalización no entró en contradicción con la orgullosa (y eficaz) afirmación de un mundo y una cultura obrera autónoma como la que describe, por ejemplo, Didier Eribon, de una forma tan bella e impactante. La relación entre partido y sindicato se convirtió, en estas circunstancias, en una cuestión política decisiva. En Francia, el Partido Comunista logró tomar, según la tesis de George Lavau (1981), el papel de un «Tribunal de la plebe» y conseguir por medio de la lucha importantes beneficios para la clase obrera, aun sin entrar en el gobierno. Algo similar, aunque bajo circunstancias completamente diferentes, vale para Italia, mientras que en la RFA, el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) combinó análogas funciones por medio de su estrecha relación con el sindicato, participando en el gobierno desde la primera gran coalición de 1966. Insistimos en esta idea: bajo estas circunstancias –y bajo la presión continua de las luchas obreras–, fueron posibles importantes vic-

torias. La democracia se amplió, se profundizó y se puso a prueba. También se puede decir, volviendo a citar a Étienne Balibar,¹⁸ que se ensanchó gracias a su dimensión «conflictiva».

Esta narración impide idealizar de ningún modo al Estado de bienestar democrático, como ocurre recurrentemente en los debates actuales de la «izquierda». Dejaremos a un lado la cuestión (aunque sea importante) de su integración dentro de la reorganización imperial del sistema-mundo tras la II Guerra Mundial. Queremos seguir fijándonos en Europa occidental y limitarnos a tres importantes puntos. *En primer lugar*, en países como Francia, Italia y la RFA se frenó la violencia despótica capitalista en las fábricas a través de la resistencia obrera y la «democracia industrial», aunque no se acabó con ella. Las fábricas no eran ningún mundo ideal, como demostraron no solo la continuidad de las luchas obreras (y en países como Francia e Italia, su radicalidad), sino también las prácticas de rechazo de generaciones posteriores, como la rebelde juventud proletaria de los años 70. *En segundo lugar*, cuando hablamos de «los trabajadores» dentro del Estado de bienestar no es necesario que incluir am-

18 *Ibid.*, pp. 125-134.

bos géneros en el vocablo: la *clase obrera* estaba claramente construida por hombres. Las mujeres solo eran tratadas como miembros de la familia; su subordinación frente a los padres y a los esposos también era habitual en el movimiento obrero, y solo participaban de las cuestiones sociales mediante este rol (en instituciones como el «salario familiar»). *En tercer lugar*, la *clase obrera* se entendía y representaba bajo condiciones de complejas relaciones de inclusión y exclusión selectiva del trabajo migrante, en la RFA reclutado por medio del sistema de trabajadores *invitados*,¹⁹ en Francia por medio de esquemas coloniales y en Italia en forma de gigantesca migración interna desde el sur al norte del país.

Hemos mencionado tres sujetos –jóvenes proletarias y proletarios, mujeres y trabajadores migrantes– que jugaron, no casualmente, roles decisivos en los levantamientos y luchas en torno a 1968. Antes de que comenzara la contrarrevolución neoliberal tras la crisis de 1973, estos levantamientos y luchas fueron los que pusieron en cuestión –y de

19 *Gastarbeiter*, literalmente «trabajadores invitados», es la fórmula utilizada en Alemania a partir de 1955 para contratar mano de obra extranjera en Alemania, inicialmente de Italia, España y Yugoslavia, y posteriormente también de Grecia, Turquía y Portugal [N. del T.].

forma radical— el Estado de bienestar democrático y lo condujeron a una crisis política. En este punto, queremos y debemos rendir cuentas: *no estamos dispuestos a dar ni un solo paso atrás ante aquellos levantamientos y luchas. Y añadimos: aquellos levantamientos y luchas han supuesto, de forma absolutamente concreta, el redescubrimiento del concepto de clase como campo de tensión —lo que, naturalmente, politizó sin cesar al «otro movimiento obrero»—.*

La transformación del movimiento obrero establecido u oficial, de la que acabamos de hablar, no solo congeló a la clase en sentido economicista y objetivo, sino que vació sus dinámicas internas, sus tensiones y sus contradicciones. Además, la redujo a la *representación* de una parte del trabajo vivo capaz, a través del sindicato y del partido, de ejercer cierto grado de influencia sobre el Estado y sobre la organización laboral y de los barrios obreros. La constitucionalización del trabajo tenía límites claros que atravesaban su composición y hacían posible una determinada homogeneidad de la clase obrera por medio de mecanismos específicos de exclusión y jerarquías. Y por eso sigue siendo completamente inadecuado, también hoy, condenar las distintas formas de las políticas de igualdad [o de compen-

sación y cuotas a grupos determinados] –planteadas a menudo desde la posición de la clase obrera establecida–. No hay que olvidar que son parte de una larga lucha por la representación de la heterogeneidad del trabajo vivo –dentro del movimiento obrero y dentro del Estado–.

Fueron las luchas de los trabajadores y trabajadoras del sur en las fábricas italianas, así como las prácticas de las personas migrantes postcoloniales en Inglaterra las que, ya en los años sesenta, posibilitaron dos importantes intentos por desafiar, también en sentido teórico, el concepto de clase del movimiento obrero establecido u oficial: por un lado el acento de E. P. Thompson²⁰ en la «formación» (*making*) de la clase obrera (que después condujo, por medio del desarrollo de la *historia desde abajo*, a poner en cuestión el estrecho foco nacional de Thompson) y por otro lado la acuñación del concepto de «composición de clase» (con su parte «técnica» y su parte «política») en el *operaísmo* italiano. En el nuevo campo de experiencias de 1968, estos intentos fueron capaces de multiplicarse y expandirse también en otras direcciones.

20 Thompson, E. P., *The Making of the English Working Class*, Londres, Victor Gollancz Ltd., 1963 [edición en castellano: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Capitán Swing, Madrid, 2012].

5. Cambiar la vida: Mayo del 68 y la Nueva Izquierda

Jóvenes proletarias y proletarios, mujeres y trabajadores migrantes. Estos sujetos jugaron un papel estratégico en mayo del 68 –no nos referimos a mes del calendario, sino a una coyuntura histórica global de la revuelta que tuvo su propia temporalidad, composición y dinámica antisistémica en los diferentes países y regiones mundiales–.²¹ En esta coyuntura, desempeña un papel esencial la cuestión, antes solo mencionada, de la integración del Estado de bienestar (y por tanto del movimiento

21 Véase al respecto, por ejemplo, Arrighi, Giovanni; Hopkins, Terence; Wallerstein, Immanuel, *Antisystemic Movements*, Londres – Nueva York, Verso, 1989 [edición en castellano: *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal, 1999].

obrero) de los países de Europa occidental en la reorganización imperial del sistema-mundo tras la II Guerra Mundial. Lo que la guerra de liberación de Argelia mostró en Francia (las consecuencias de las luchas del «tercer mundo» en la metrópoli, gracias a la politización de las personas migrantes argelinas) tomó una forma global con la movilización antiimperialista contra la Guerra de Vietnam.

Esto dejó una huella profunda en la RFA, alimentando experiencias cuyas consecuencias han llegado hasta nuestros días. «La solidaridad con los movimientos de liberación social revolucionarios en el tercer mundo fue decisiva para la formación de nuestra conciencia antiautoritaria», explicaba por ejemplo Hans-Jürgen Krahl en su aportación a la encuesta personal por las acciones de protesta contra Senghor en 1968.²² El «tercer mundo», continuaba, «nos ha enseñado (...) un concepto de política radical y sin concesiones, que se sale de la *realpolitik* burguesa, trivial y sin principios». En el antiimperialismo alemán la cuestión social se globalizaba, más allá incluso de la cuestión de la guerra, pero también de modo nada desdeñable,

22 Krahl, Hans-Jürgen, *Konstitution und Klassenkampf. Zur historischen Dialektik von bürgerlicher Emanzipation und proletarischer Revolution*, Frankfurt a. M., Verlag neue Kritik, pág. 23.

como externalización, en el sentido de una «cuestión social global»: «los trabajadores alemanes» –de acuerdo a un sentido común generalizado que convirtió en concepto la categoría de «imperialismo social»–²³ estaban del lado de los «vencedores» del capitalismo global. Se planteó la pregunta sobre qué política de izquierdas era la apropiada en la metrópoli capitalista para una configuración global como aquella. Aquí no pretendemos valorar esto, sino solamente señalar que la tensión entre la política de intereses (o de clase) nacional y global representa, al menos, un problema claramente complejo con el que precisamente nos vemos confrontados de nuevo en el «verano de la migración», de forma urgente. Y este problema nos remite, entonces y ahora, a la cuestión de la solidaridad y, una vez más, a la indisociabilidad de la clase a una «situación objetiva».

Por otro lado, en el marco de la búsqueda de compromisos por parte del Estado de bienestar, la política de intereses del movimiento obrero establecido (exitosa, sin embargo, dentro de sus limitaciones) no pudo articular, ni la cuestión política global ni los efectos de normalización y disciplina-

23 Véase Wehler, Hans-Ulrich (ed.), *Imperialismus*, Colonia-Berlín, Kiepenheuer & Witsch, 1970.

miento producidos por el mundo, aparentemente sano, del «efecto ascensor»,²⁴ y que formaban en Alemania una extraña combinación con la doctrina de las virtudes postfascista. La izquierda antiimperialista (y naturalmente también la social-revolucionaria) tenían también, visto así, su propia política interna, o mejor dicho, una parte específicamente subjetiva. La revuelta juvenil –que de ninguna manera era solo una revuelta estudiantil– articuló en el 68 alemán también una revuelta contra la promesa de futuro de la «economía social de mercado», contra la obediencia específica que se imponía a una clase obrera cohesionada, contra los sacrificios que amenazaban a la subjetividad juvenil, y contra la profunda e inimaginable represión y privación de derechos de las mujeres.

Si tomamos mayo del 68 como una cesura en la historia de la izquierda no es en sentido cronológico o de calendario, sino como punto final simbólico de una política de izquierdas que se articulaba fundamentalmente en el universo del movimiento obrero tradicional. La Nueva Izquierda se convirtió realmente en una *nueva izquierda*.

24 Beck, Ulrich, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Suhrkamp, Frankfurt a. M., 1986 [edición en castellano: *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós, 2006].

Esto tuvo que ver también, entre otras cosas, con la dimensión *global* de 1968, que hizo presentir el final del mundo bipolar y jugó así un papel especial como antecedente y genealogía de nuestro presente. Es significativo –y no casual– que, a pesar de todas las diferencias entre los conflictos de Francia, Italia y Alemania (por nombrar solo estos tres casos europeos), las nuevas luchas tuvieran algunas características comunes o partieran de las mismas preguntas. Desde la Escuela de Frankfurt hasta la Internacional Situacionista, desde la *New Left* en Inglaterra hasta el redescubrimiento de las luchas obreras en las fábricas italianas, desde los *hippies* hasta la RAF, desde Foucault hasta Angela Davis, todos compartían en ese momento preguntas teóricas que tenían que ver con los límites sistemáticos del marxismo, y las preguntas prácticas que tenían que ver con la obsolescencia de las organizaciones tradicionales de la izquierda. Obviamente, estos límites estaban relacionados, en primer lugar, con la presuposición de la existencia de una sola contradicción central en las sociedades capitalistas, de una fijación parcial en el conflicto entre trabajo asalariado y capital –con una estrecha mirada, economicista y objetivista, sobre la lucha de clases y las organizaciones correspondientes–. La Nueva Izquierda se dirigía

también, con toda su complejidad, fundamentalmente contra el objetivismo de los «intereses de clase» y su encarnación en sindicatos, partidos socialdemócratas o comunistas, además de contra sus omisiones y exclusiones.

Otro punto importante, seguramente en deuda con el «movimiento estudiantil» y su subjetividad específica, es la extensión de la crítica a la sociedad y la fundamentación de luchas políticas en el terreno de la vida, de lo cotidiano y de la cualidad específica de las formas de vida en el Estado de bienestar.²⁵ No bastaba con los antagonismos de clase y la posición del proceso productivo como punto de partida de una teoría y una política «de las personas oprimidas». Las y los «radicales de izquierdas» se ocupaban más bien de la crítica de la vida misma, buscando también, aunque de modo indirecto, un fundamento para la crítica de los procesos de trabajo y de producción. Esta «crítica artística», utilizando la expresión quizás cuestionable de Luc Boltanski y Ève Chiapello,²⁶ iba unida

25 Véase Seibert, Thomas, *Zur Ökologie der Existenz. Freiheit, Gleichheit, Umwelt*, Hamburgo, LAIKA theorie, 2017.

26 Boltanski, Luc; Chiapello, Ève, *Der neue Geist des Kapitalismus*, Konstanz, UVK, 2003 [edición en castellano: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002].

a una reinterpretación de la obra de Marx que ponía en el centro la cosificación, la alienación o la subsunción real. O, por decirlo con palabras de Henri Lefebvre: «La vida cotidiana, y ya no solo lo económico en sentido general, es el plano para el que se prepara el neocapitalismo. Se basa en la cotidianidad como algo fijo, como sustancia social alimentada por instancias políticas».²⁷

Seguramente estas posiciones eran muy ambivalentes y fueron posibles gracias a una posición social específica, o de cierto privilegio (estar en la universidad). Sin embargo, el intento por realizar una crítica «ética» de la vida burguesa, de la destrucción capitalista del medio ambiente (pensemos en la relevancia del movimiento antinuclear), del sinsentido fundamental de la vida (laboral) cotidiana y de la mutilación de la subjetividad y de la sensibilidad quizás no fue la causa fundamental ni el desencadenante, pero sí que inspiró y, en cierto modo también desarrolló, una nueva dimensión política en un tiempo en el que la vida y las trabajadoras y trabajadores alemanes se habían ido «estatalizando». En todo caso, la *tensión* entre la crítica social y la crítica artística (por remitirnos de nuevo a la obra

27 Lefebvre, Henri, *Die Zukunft des Kapitalismus. Die Reproduktion der Produktionsverhältnisse*, Múnich, Paul List Verlag, 1982, pág. 89.

de Boltanski y Chiapello), entre la vieja y la nueva izquierda, entre clase y universalidad se ha convertido en una tensión productiva (simbolizada seguramente por el mayo del 68 parisino). Estas tensiones se nos han ido presentando, de las maneras más dispares, hasta hoy en día.

6. Las «clases olvidadas»

Ya hemos escrito sobre las trabajadoras y los trabajadores «alemanes». Pero, ¿era la clase obrera en la RFA una clase obrera «alemana»? Como hemos indicado más arriba, es una pregunta retórica. Basta con hojear el maravilloso libro fotográfico de John Berger y Jean Mohr, *Un séptimo hombre* (publicado en 1975 y reeditado en 2016 en alemán)²⁸ para obtener una imagen directa de la *composición multinacional*²⁹ de la clase obrera en la RFA y en la Europa occidental de los tempranos años setenta. Cuando en los debates actuales «de la izquierda» se habla de aceptar «la mayor inmigración posible»

28 Berger, John; Mohr, Jean, *Der siebte Mensch. Eine Geschichte über Migration und Arbeit in Europa*, Frankfurt a. M., Fischer, 2016 [edición en castellano: *Un séptimo hombre*, Madrid, Capitán Swing, 2015].

29 Serafini, Alessandro (ed.), *L'operaio multinazionale in Europa*, Milán, Feltrinelli, 1974.

frente a la «cuestión redistributiva» y se remarcan los intereses de «los empleados», la referencia a las imágenes de un libro como *El séptimo hombre* sirve para exponer con claridad la lógica de dichos argumentos. Ya por entonces estaba extendida en el movimiento obrero la equiparación entre «empleados» y «trabajadores alemanes». Y hay que añadir que también entonces, la atención a la cuestión del trabajo migrante en la RFA por parte de la Nueva Izquierda quedaba limitada a corrientes minoritarias. El escenario del internacionalismo estaba en otra parte, en el «Tercer Mundo». En la metrópoli valía, como mucho, para mostrar solidaridad con las luchas antiimperialistas. Era una minoría la que trataba de redescubrir el internacionalismo frente a la composición multinacional de la clase obrera fordista (una tarea a la que nos enfrentamos de nuevo hoy bajo condiciones completamente distintas).

Y sin embargo, los «trabajadores invitados» fueron protagonistas de luchas radicales en Alemania, que reanimaron también al movimiento obrero «alemán». Estas luchas encontraron su clímax en la gran oleada de huelgas de 1973 y su expresión simbólica y materialmente más poderosa en la huelga salvaje de Ford en Colonia-Niehl en agosto de aquel año. Esta huelga puede ser considerada,

seguramente, la «más conocida y significativa lucha obrera en la República Federal», como escribe Manuela Bojadžijev³⁰ en su cuidadosa reconstrucción de la historia de las luchas obreras migrantes. Por lo tanto ¿eran los «trabajadores invitados» parte del «otro» movimiento obrero en Alemania, por citar el título de un precioso libro de Karl-Heinz Roth? «La clase trabajadora de composición multinacional», escribe Roth en la introducción de su libro sobre la huelga de Ford, «ha confirmado los pronósticos de que sería capaz de deshacerse, en sus propios focos de explotación, de cualquier tipo de mediación reformista con el trabajo capitalista y el Estado-plan capitalista basado en el mismo».³¹

Esto suponía el reconocimiento de una *oportunidad* política, expresada en la jerga revolucionaria de la época. Era uno de los pocos intentos por reflejar en la RFA la relevancia de la cuestión del trabajo migrante bajo la perspectiva de la *política*

30 Bojadžijev, Manuela, *Die windige Internationale. Rassismus und Kämpfe der Migration*, Münster, Westphälisches Dampfboot, 2008, pág. 157.

31 Roth, Karl-Heinz; Ebbinghaus, Angelika, *Die «andere» Arbeiterbewegung und die Entwicklung der kapitalistischen Repression von 1880 bis zur Gegenwart*, Múnich, Trikont, 1974, pág. 16 [edición en castellano: *El «otro» movimiento obrero y la represión capitalista en Alemania, 1880-1973*, Madrid, Traficantes de sueños, 2010, pág. 62].

de clase en sentido teórico, sociológico y político. La categoría del «otro movimiento obrero», que incitó vivas discusiones en ese momento, conserva en Alemania una vigencia, polémica si cabe, que impide reducir de manera simple la historia y el presente del movimiento obrero a una experiencia directa de estatalización y nacionalización. Sin embargo, hay que reconocer críticamente que aquella categoría, que a menudo se utiliza en posiciones binarias enfrentadas, también ha podido propiciar una visión parcial del movimiento obrero establecido. Y ha conducido, al menos a parte de la izquierda radical, a abandonar el problema político del movimiento obrero como tal. A esto hay que añadir el hecho de que 1973 no solo fue el año de la huelga de Ford en Colonia-Niehl. También fue el año de la crisis del petróleo y del fin del reclutamiento de «trabajadores invitados». Naturalmente, la coyuntura como trasfondo temporal es también importante: estábamos en el clímax de las luchas obreras migrantes, antecedente de la crisis del fordismo y de la transformación radical de la política migratoria. Los planificadores de la RFA creían, según los principios de la *buffer theory* [teoría de la amortiguación], que los «trabajadores invitados» iban a volver a sus países de origen, pero muchos de ellos no solo se quedaron, sino que la composi-

ción migrante en la RFA (en un país que tenía como bandera no ser receptor de migrantes) cambió profundamente por la dinámica de reagrupación familiar. Así, las luchas de las personas migrantes comenzaron a extenderse del campo de la producción al campo de la *reproducción*,³² a la vez que el nuevo régimen migratorio iniciaba los trámites de los procesos de «ilegalización».³³

32 Bojadžijev, Manuela, *op. cit.*, pág. 197 y ss.

33 Karakayali, Serhat, *Gespenster der Migration. Zur Genealogie illegaler Einwanderung in der Bundesrepublik Deutschland*, Bielefeld, Transcript, 2008.

7. Interseccionalidad, reproducción, patriarcado

Este desplazamiento, y al mismo tiempo esta politización de la reproducción por parte de las personas migrantes (destacando aquí el rol de las mujeres), fueron en realidad aspectos importantes en el surgimiento del movimiento de mujeres y del feminismo, que a la larga «han transformado la vida» realmente. Es necesario indicar que eso que hoy una representante política de la «izquierda» alemana desearía directamente liquidar, hablando con desprecio de un «discurso de género desconectado de la realidad»,³⁴ es seguramente algo

34 Los autores se refieren aquí a Sahra Wagenknecht, política de larga carrera dentro del partido Die Linke (del cual es vicepresidenta desde 2010), partidaria de restricciones a la inmigración y crítica con

que tiene raíces profundas. Sin duda, una de estas raíces nos lleva a las fábricas y a las luchas de las trabajadoras (migrantes) de las fábricas. La «crítica artística», por retomar otra vez el concepto de Boltanski y Chiapello –mientras al mismo tiempo indicamos su enigmática aceptación del registro del «trabajo productivo», su infravaloración sistemática de las luchas feministas y su opinión en general tradicional con respecto al feminismo–³⁵, se puso en práctica de manera especialmente importante en estas luchas. En ellas enunciaba reivindicaciones relacionadas con la mayor flexibilidad, el tiempo libre y los controles de la jornada laboral –*de nuevas combinaciones entre trabajo y vida, producción y reproducción*–. Esto vale para referirnos a un concepto que hoy se relaciona con los mencionados «discursos de género»: la «interseccionalidad». Un punto de referencia importante para la formulación de este concepto en EEUU fue el caso DeGraffenreid v. General Motors en el año 1977, en el que un

los discursos de género. En 2018 fundó el “movimiento” Aufstehen, cuya propuesta más polémica pide restricciones a la inmigración. Al respecto, se puede consultar una entrevista que ella misma publica en su web: <https://www.sahra-wagenknecht.de/de/article/2469.merkels-trumpf-ist-nur-die-schw%C3%A4che-der-spd.html> [última visita: 14 de febrero de 2019] [N. del T.].

35 Véase Cooper, Melinda, *Family Values. Between Neoliberalism and the New Social Conservatism*, Nueva York, Zone Books, 2017, pp. 11-12.

juzgado rechazó la demanda de cinco trabajadoras negras por la equiparación laboral y contra la discriminación del sistema de antigüedad de General Motors.³⁶ Esta pequeña referencia nos debería servir para mostrar la ignorancia política de quienes realizan los ataques actuales a las «políticas de la identidad».

Sin embargo, al mismo tiempo hay que subrayar que las luchas del movimiento feminista (y también de las personas migrantes) no solo pueden entenderse bajo el aspecto de la nueva composición de la plantilla o del trabajo en la fábrica. Hay que destacar la importancia de la politización del ya mencionado punto ciego del análisis marxiano –dentro y fuera del registro marxista–. En los años setenta, el estallido global que politizó el trabajo reproductivo (no pagado), la división sexual del trabajo y, en general el dominio del patriarcado, no solo problematizó la composición de la clase obrera con contrato de trabajo, sino que mostró con extrema claridad que –incluso desde el punto

36 Crenshaw, Kimberlé W., «Demarginalising the intersection of race and sex. A black feminist critique of anti-discrimination doctrine, feminist theory, and anti-racist politics», en Lutz, Helma; Herrera Vivar, María Teresa; Supik, Linda (eds.), *Framing Intersectionality: Debates on a Multi-Faceted Concept in Gender Studies*, Farnham, Ashgate, 2011, pág. 28.

de vista tradicional de la apropiación de fuerza de trabajo extranjera— la contradicción principal entre capital y trabajo no se correspondía para nada con la experiencia que tenía el, aproximadamente, 50% de la población.

Esto nos indica que, en la época en la que el trabajo de fábrica gozaba de una posición hegemónica, considerar la clase desde la óptica de la homogeneidad de la experiencia de la contradicción principal y desde la unidimensionalidad del dominio social era ya un ejercicio de estrechez de miras. La politización de las experiencias antes citadas, como por ejemplo en la campaña «salario para el trabajo doméstico», que comenzó en Italia y produjo resonancias globales a finales de los años setenta,³⁷ continúa hasta nuestros días, también la tarea de señalar no solo la dimensión de la producción de plusvalor, sino también la estructura de dominio de la *división sexual del trabajo*, que atraviesa de cabo

37 Véase, p. ej., Weeks, Kathi, *The Problem with Work: Feminism, Marxism, Antiwork Politics, and Postwork Imaginaries*, Durham, Duke University Press, 2011; Federici, Silvia, *Caliban und die Hexe. Frauen, der Körper und die ursprüngliche Akkumulation*, Viena, Mandelbaum, 2012 [edición en castellano: *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de sueños, 2010]; Buckel, Sonja, «Dirty Capitalism», en Martin, Dirk; Martin, Susanne; Wissel, Jens (eds.), *Perspektiven und Konstellationen Kritischer Theorie*, Münster, Verlag Westfälisches Dampfboot, 2015, pp. 29-48,

a rabo los conceptos de clase unidimensionales. Esto último no siempre se ha comprendido dentro de la Nueva Izquierda (a pesar de que, por ejemplo, le quedara claro al mencionado Hans-Jürgen Krahl gracias a un tomate, después de que fracasaran los intentos previos de comunicación).³⁸

Estas cuestiones siguen siendo actuales, no solo por la continuidad del dominio patriarcal, sino también por la importancia creciente del trabajo reproductivo, cuya estructura en vez de deshacerse, se ha transformado y complejizado. Las formas patriarcales del trabajo doméstico no pagado se mezclan con nuevas formas de trabajo de servicios domésticos y de cuidados que vuelven a estar caracterizadas por formas de división del trabajo y remuneraciones sexistas y racistas. La «línea de color» (*color line*), como la nombraba a principios del siglo XX el sociólogo y activista afroamericano W. E. B. Du Bois,³⁹ atraviesa a menudo el hogar y

38 Referencia al famoso episodio de 1968, en el que, en un encuentro de la Federación Socialista Alemana de Estudiantes (SDS), Sigrid Damm-Rüger, militante feminista del *Aktionsrat zur Befreiung der Frauen* (Consejo de acción para la liberación de las mujeres) lanzó un tomate a Hans-Jürgen Krahl ante la negativa de este y del resto los presentes a debatir la ponencia crítica que Helke Sanders Rede, representante del colectivo feminista, había presentado [N. del T.].

39 Du Bois, William Edward Burghardt, *Die Seelen der Schwarzen*, Ber-

conduce, en algunos casos, a relaciones complejas entre mujeres, que han estimulado vivos debates dentro del feminismo, y que han impulsado la idea de una «sororidad universal». Tal y como sobre todo Bridget Anderson⁴⁰ ha puesto de relieve, la dimensión afectiva del trabajo de cuidados desafía la construcción de la relación laboral como una relación contractual pura también en aquellos casos en los que en realidad la base legal de la relación está constituida por un contrato. Siempre emerge un momento de subordinación personal y dominio que convierte el cruce entre género y raza en un lugar político de conflicto. La geografía de la reproducción y las relaciones entre los géneros se han visto remodeladas de forma radical en los últimos años, y la trabajadora doméstica y de cuidados migrante se ha convertido en una figura clave en la composición global de la clase obrera.⁴¹ Pensemos, por ejemplo, en el papel de las mujeres migran-

lín, Orange-press, 2003.

- 40 Anderson, Bridget, «Just Another Job? The Commodification of Domestic Labour», en Ehrenreich, Barbara; Hochschild, Arlie (eds.), *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*, Londres, Granta Books, 2003, pp. 104-115.
- 41 Véase Mezzadra, Sandro; Neilson, Brett, *Border as Method, or, the Multiplication of Labor*, Durham, NC – Londres, Duke University Press, 2013, pp. 103-111 [edición en castellano: *La frontera como método*, Madrid, Traficantes de sueños, 2017].

tes para la reproducción de los hogares de clase media en grandes ciudades estadounidenses como Nueva York o Los Ángeles, en las miles y miles de trabajadoras domésticas y de cuidados filipinas de Indonesia y de Hong Kong, o en las aproximadamente 300 000 mujeres «internas» ilegales (fundamentalmente del Este de Europa) que se ocupan en las familias alemanas del hogar y de los niños como «sirvientas modernas».⁴² A todo esto hay que añadir que, con la crisis del Estado de bienestar, el papel del trabajo migrante de cuidados no se limita solo a servir a las clases medias, sino que se ha implantado también en cada vez más hogares de clase trabajadora.

Todo esto nos lleva a la forma paradigmática que toma el complicado mundo laboral actual y su división del trabajo –un campo entre el trabajo reproductivo y la prestación de servicios, entre el trabajo asalariado y la violencia, y también entre la «raza» y el género–. Es cierto que en muchos lugares se han formado movimientos, en torno a ambos conceptos, que no han ido más allá de una mera política de la identidad, alimentando de ese modo el desarrollo de discursos elitistas. Para nosotros estos

42 Véase Bartmann, Christoph, *Die Rückkehr der Diener. Das neue Bürgertum und sein Personal*, Múnich, Hanser, 2016.

conceptos son signos de luchas (proletarias) que han desafiado la rigidez del concepto tradicional de clase y que poseen, a día de hoy, una importancia renovada y creciente. Como consecuencia de las diversas luchas de mujeres, «minorías» y migrantes, la clase solo vuelve a poder concebirse como un campo de tensiones atravesado por procesos de represión y explotación, pero también de subjetivación y de exclusión. Los límites entre trabajo «productivo» e «improductivo», entre producción y reproducción, entre vida y trabajo, entre precariedad y desempleo no han desaparecido, sino que se han convertido en lugares esenciales de lucha y de politización.

La ampliación y profundización de la lucha de clases (y del concepto de clase) derivada de todo esto es una herencia de «1968», que se ha seguido reproduciendo en el contexto del trabajo vivo actual. Los movimientos en torno al género y a la «raza» han contribuido de modo importante a este proceso –y además han ayudado a la apertura de nuevas dimensiones políticas más allá del horizonte marxista–. Para dotar de sentido teórico a esta aportación podemos decir que se ha politizado profundamente la relación, hasta entonces poco desarrollada, entre la «fuerza de trabajo» y su

portador, el «cuerpo». El género y la «raza» son, en este sentido, indicadores de un problema general: el problema de las condiciones sobre las que se produce esta relación (la relación de cada trabajadora o trabajador con su fuerza de trabajo). Si ponemos en cuestión la neutralidad de estas condiciones, la «corporalidad» misma se convierte en un elemento fundamental tanto en los procesos de constitución de clase como de la política de clase. El concepto mismo de igualdad no puede concebirse más que como un mero reflejo de una situación estructural común y homogénea; resulta más factible, e incluso necesario, conceptualizar la igualdad y la libertad como resultado de un proceso de descubrimiento y construcción política colectiva. El concepto de clase queda así hasta cierto punto subjetivizado, pero en ningún modo desacoplado de la referencia a la dimensión estructural. Las relaciones de propiedad y producción son ahora más importantes que nunca para identificar los sujetos que son explotados y que, por tanto, forman parte de la clase obrera. Pero cuando hablamos de la clase como campo de tensiones queremos indicar, por un lado, que el contexto actual de estos sujetos no permite ninguna reducción objetivista a una figura particular. Y por otro, queremos mostrar que la política de clase plantea necesariamente el problema

de una coalición que permita tender puentes entre experiencias heterogéneas y permita *formas abiertas* de politización colectiva.

Parte II: Populismo de izquierdas y política de clase

Tras el desarrollo teórico y analítico de la primera parte de este ensayo, el concepto de clase sigue presente, pero ya no supone ninguna solución al problema de cómo sería una política de clase. La clase se presenta, más bien, como un acertijo complicado. Mientras que la explotación y el dominio pueden expresarse en términos objetivos, la clase está atravesada por procesos de subjetivación, mecanismos de exclusión y de inclusión diferencial, que hacen que sus límites no estén definidos y se conviertan en objeto de disputas. Entre estas cuestiones se encuentra, *en primer lugar*, el problema de la heterogeneidad de «la» clase, que se puede plantear completamente dentro del marco de la

formación teórica marxista, y que remite a la diferenciación de las condiciones sociales de la mercancía «fuerza de trabajo»; a la transformación de la «composición de clase». *En segundo lugar* está la cuestión de en qué medida se pueden articular, en el marco de una lucha de clases, situaciones de explotación y dominio que no puedan reducirse al clásico conflicto entre trabajo y capital. *En tercer lugar*, queremos –de acuerdo a nuestra exposición– recalcar e insistir en que un desvío lógico u objetivista de la clase subestima que la producción de lo común es la condición de cualquier política de clase, y esta producción vuelve a tener una dimensión creativa y destructiva. La clase es, en este sentido, un campo de tensiones dentro del cual la cuestión de la subjetividad está presente siempre. Y *en cuarto lugar*, debería quedar claro que la constitucionalización del trabajo y la elaboración política de la cuestión social no son ningún fenómeno de la «superestructura» que solamente escondan un conflicto fundamental que queda por debajo intacto, sino que, al contrario, transforman y determinan la clase misma. La politización de este campo depende de condiciones objetivas y subjetivas complejas, y los movimientos que tienen su origen fuera de la situación de clase juegan un papel importante en la producción de estas condiciones.

Mientras que en la primera parte nos hemos centrado en algunos momentos simbólicos que representan la transformación de un movimiento obrero relativamente homogéneo en algo heterogéneo, variado y también contradictorio, nos gustaría ahora abordar un segundo problema ligado a la cuestión de la clase. Antes que nada hemos de hacer, en realidad, una distinción que en la primera parte hemos pasado por alto: no se trata de que el movimiento obrero y los partidos comunistas y socialdemócratas hayan sido simplemente el mismo sujeto –lo mismo vale para la diferencia entre los llamados Nuevos Movimientos Sociales y la Nueva Izquierda, también nueva pero en sentido muy diferente–. Lo que ocurre, más bien, es que la relación entre la política (de izquierdas) y una realidad social que se articula en movimiento ha estado siempre determinada, desde Marx, por una tensión fundamental. Dar forma a esta relación es para nosotros la cuestión central de lo político.

Con la creciente heterogeneidad de la vida social, de las relaciones laborales, de la progresiva individualización y de la diversidad de luchas sociales, solo nombramos algunos aspectos que impiden hoy solucionar de forma sencilla el problema del «sujeto revolucionario» y del «partido comunista»

(por decirlo en términos totalmente tradicionales). En un momento en el que la composición del «sujeto revolucionario» objetivamente se ha multiplicado y se ha visto desafiada también como categoría por las luchas de las «clases olvidadas», el «partido comunista» vuelve a enfrentarse al problema de la heterogeneidad, que encierra otros problemas más: ¿cuál es el punto de referencia principal bajo las condiciones del capitalismo globalizado? ¿Hay hoy un sujeto privilegiado, o de algún modo objetivo, de la política de izquierdas? ¿De qué modo es posible una politización, y una politización de qué o de quién exactamente? Y por último, ya que Eribon lo menciona alegremente, ¿puede existir, todavía, una *identidad* de una política (de clase) de izquierdas?

En adelante, nos gustaría rastrear algunas respuestas actuales a estas preguntas relativas a la «composición de clase» y a la «articulación política», que a nuestros ojos son el trasfondo más o menos explícito de los debates sobre una *nueva Nueva Izquierda*. En los últimos años estos debates han estado en disputa y han cristalizado en el concepto de *populismo de izquierdas*. En todo caso, hemos de referirnos aquí a una sigilosa resignificación de, al menos, algunas representaciones del populismo

de izquierdas, acontecidas últimamente. Si bien hasta hace unos meses los movimientos de España y Grecia, así como los experimentos latinoamericanos, eran todavía una referencia esencial de esta idea, hoy vemos que tiene más que ver con una variante social-nacional de izquierdas de la crítica al *establishment*. Pero, ¿cuál es la diferencia? En el debate teórico asociado al ascenso de *Podemos* fue especialmente influyente el trabajo de Ernesto Laclau *Sobre la razón populista*.⁴³ En aquel trabajo, Laclau continuaba la «deconstrucción del marxismo» que había empezado junto con Chantal Mouffe a principios de los años 80 sobre la base de una lectura especial de Gramsci (y de una forma especial de la «política de la identidad», de los *nuevos movimientos sociales*). Es interesante observar que esta reconstrucción conducía a una teoría de la democracia radical que utilizaba expresamente la cuestión de la «articulación» de lo hegemónico y lo contrahegemónico contra el esencialismo del concepto de clase. Y todavía es más interesante que a menudo las mismas personas que defendían la necesidad de un populismo de izquierdas en el sentido de Laclau, ahora –tras el Brexit y la elección

43 Laclau, Ernesto, *On Populist Reason*, Londres – Nueva York, Verso, 2005 [edición en castellano: *La razón populista*, México D. F., FCE, 2016].

de Trump– ligan el mismo concepto con un agresivo redescubrimiento de la clase. Lo que es constante es el Estado nacional como espacio político definitivo de referencia –sin investigación (materialista) alguna de sus posibilidades de gestión y sus transformaciones–. La nación y su Estado son inherentes al pueblo como principios constituyentes, del mismo modo que la clase al populismo de izquierdas. Volveremos sobre este punto. En todo caso, para acercarnos a esta cuestión queremos, en esta segunda parte, investigar tres casos en los que se ha presentado el problema: las experiencias latinoamericanas de los últimos años, el movimiento de crítica a la globalización y el movimiento de las plazas de 2011.

1. El laboratorio latinoamericano

No son pocos quienes parecen dar por sentado que los nuevos gobiernos progresistas que han surgido en muchos países latinoamericanos desde comienzos de este siglo representan un ejemplo paradigmático (y quizás incluso un modelo) del nuevo populismo de izquierdas. Y de acuerdo con los hechos, es indiscutible que en el espacio latinoamericano hay cierta continuidad en la historia del populismo –encarnado, por ejemplo, en líderes carismáticos como Hugo Chávez, Cristina Fernández Kirchner y Evo Morales–. Sin embargo, a continuación queremos problematizar la imagen del ciclo político de los gobiernos progresistas latinoamericanos y exponer una genealogía de sus conquistas que supere decididamente el concepto de populismo de izquierdas. Estamos convencidos de que las experiencias latinoamericanas de los últimos

años son una herencia importante para la izquierda global. Según estas experiencias, la pobreza, la colonialidad del poder y el racismo han pasado a ser campos de batalla, con consecuencias imprevisibles, y en una nueva coyuntura marcada en muchos países por un ascenso de la derecha y en la que también hay que hacer balance de las debilidades y los límites de los gobiernos progresistas.⁴⁴ En una situación así, resulta fundamental poner de relieve que las experiencias políticas latinoamericanas citadas no pueden ser reducidas, en ningún caso, a la formación y la política de gobiernos progresistas o de izquierdas. El papel de los movimientos y de procesos de movilización social de nuevo cuño ha sido fundamental desde el principio.

Se puede sostener, incluso, que el levantamiento contra el neoliberalismo y el «consenso de Washington» abrió a nivel regional, desde finales de los años noventa, los espacios políticos necesarios para la creación gobiernos y políticas progresistas. Este levantamiento, anticipado en 1994 por los zapatistas, tuvo sus momentos espectaculares y simbólicos –en Ecuador en varias ocasiones desde los años 1990, en Bolivia en 2000 y 2003 y en

44 Véase al respecto Brand, Ulrich, *Lateinamerikas Linke. Ende des progressiven Zyklus*, Hamburgo, VSA, 2016.

Argentina en 2001—. Más allá de los momentos en sí, las sublevaciones estuvieron marcadas por la circulación regional de prácticas, luchas y lemas que, y esto es un primer punto importante, crearon las bases de los proyectos de integración política y de infraestructuras que caracterizaron las primeras fases de los gobiernos progresistas. Administraciones que podían ser consideradas políticamente opuestas, como el de Chávez en Venezuela y el de Lula en Brasil, trabajaron juntas en el marco de estos proyectos, que representaban una fuente fundamental de creatividad y poder político para todos los gobiernos progresistas de la región.

Si abordamos, en segundo lugar, la composición de los movimientos y de las dinámicas de levantamiento, podremos comprenderlas en el cruce entre las diferentes temporalidades de la represión y de la explotación: por un lado, sujetos que adquieren importancia con las reformas neoliberales (sobre todo los nuevos movimientos urbanos y de desempleados); por otro lado, sujetos marcados con la huella de viejos procesos de exclusión y represión, que se remontan hasta la época colonial (desde los campesinos sin tierra hasta el papel esencial de las poblaciones indígenas). Al mismo tiempo, la lucha por la verdad y la justicia en relación a la época de la

dictadura fue especialmente importante en muchos países, y otorgó un significado especial al concepto de «derechos humanos». En todos estos movimientos, luchas y movilizaciones, había una extraordinaria participación transversal de mujeres, que se defendían contra la violencia machista en la región, al tiempo que creaban las bases para la nueva ola de movilización feminista.

Bajo nuestro punto de vista, es importante remarcar que una composición social como esta constituye un desafío radical, tanto para el concepto tradicional de clase como para el concepto de pueblo –y que vista desde lejos, esta composición queda disuelta a menudo en favor de un concepto simplificador de pueblo–. Sin embargo, al contrario de lo que puede parecer, muchos de estos sujetos fueron o bien excluidos de los procesos históricos de construcción nacional y popular, o bien simplemente integrados de forma subordinada en ellos. Además, el movimiento obrero tradicional, debilitado y transformado por los procesos de neoliberalización, jugó un rol marginal en la dinámica de levantamientos. Se podría decir que, en este sentido, los movimientos y levantamientos de los primeros años de la década de los 2000 representaban la repetición de un viejo desafío. En realidad,

el concepto de clase siempre ha sido puesto en cuestión en Latinoamérica por parte de revueltas indígenas, populares y subalternas, y por ello se ha transformado de forma radical y también se ha abierto.

Reducir la heterogeneidad de estos sujetos, luchas y reivindicaciones al momento unitario de la representación política, del partido y del Estado (nacional) es seguramente algo que, desgraciadamente, han intentado de diferentes maneras los gobiernos progresistas. Hay que poner de relieve, sin embargo, que los gobiernos populares de la primera fase del ciclo político reconocieron a menudo la mencionada heterogeneidad como un recurso (así lo muestran, por ejemplo, los procesos constituyentes en países como Bolivia, Ecuador y Venezuela). En el terreno de la política social se pusieron en marcha, una y otra vez, desde Venezuela hasta Brasil, experimentos extraordinarios y exitosos basados en una participación directa de los movimientos sociales y en la movilización de los pobres para iniciar un proceso de redistribución de la riqueza y una lucha contra la pobreza. Esta fase, marcada por la integración regional y la apertura social, fue seguramente el momento más productivo de los gobiernos «progresistas» latinoamericanos.

Si queremos hablar de un momento del populismo de izquierdas en sentido clásico tenemos que mirar más bien a la fase siguiente, caracterizada por una ralentización de la dinámica de integración, por el fortalecimiento de la retórica y los intereses nacionales y por un desplazamiento del proceso de transformación, cada vez más centrado de forma exclusiva en torno al Estado –marcado en parte por derivas autoritarias–. En esta segunda fase, tras la crisis financiera iniciada en 2007, se perdió la oportunidad de poner en cuestión y diversificar el modelo de desarrollo. Los gobiernos progresistas insistieron en un modelo neoextractivista, esto es, en la intensificación de la extracción de materias primas y su exportación (minerales, petróleo, soja) para financiar sus políticas sociales.⁴⁵ Independientemente de los costes ecológicos y sociales de dichos procesos, que provocaron una fuerte oposición, este modelo de desarrollo estaba fundamentado en una especial dependencia del mercado mundial y con ello sobre todo de la demanda asiática y china. Mientras los gobiernos progresistas habían interpretado la crisis financiera exclusivamente como una oportunidad, la forma de

45 Véase, p. ej., Riofrancos, Thea, «Extractivismo Unearthed: A Genealogy of a Radical Discourse», en *Cultural Studies*, 31 (2–3), 2017, pp. 277-306.

su reacción comprometió su propia estabilidad y la hizo depender de las fluctuaciones del mercado mundial. Cuando comenzó a afectarles el descenso de la demanda asiática, dichos gobiernos se vieron forzados a lidiar con las consecuencias de la crisis financiera.

Las tendencias populistas, como se ha señalado, ya estaban presentes en el estilo político de los gobiernos progresistas. En esta segunda fase se convirtieron en dominantes –no todas del mismo modo–. El papel de las figuras dirigentes fue cada vez más relevante –por ejemplo en Bolivia y en Argentina por medio del intento de lograr la reelección de Evo Morales y Cristina Fernández–. Pero sobre todo, el proceso político general se centró en torno al Estado, lo que condujo, aunque parezca paradójico a primera vista, a un vaciamiento paulatino del poder de los gobiernos. Como consecuencia de la continuidad del neoextractivismo, la insistencia en el desarrollo nacional, inspirada en las «teorías de la independencia» de las décadas de los cincuenta y los sesenta, se convirtió en una retórica vacía bajo la que los procesos de precarización del trabajo y las concesiones al neoliberalismo y la financiarización constituyeron más la

regla que la excepción.⁴⁶ Las políticas monetarias tomaron, con la tendencia a la renacionalización de la economía, direcciones opuestas en los diferentes países –con efectos catastróficos, por ejemplo, en Argentina–. La politización fue tomando cada vez más un carácter retórico, con una oposición entre el «pueblo» y las «élites», muchas veces puesta en escena desde arriba, mientras en la sociedad las nuevas clases medias creadas por las políticas de los gobiernos progresistas desarrollaban estilos de consumo que las alejaban de dichos gobiernos (y también de los pobres).

El balance que se puede extraer de las experiencias latinoamericanas de los últimos quince años es complejo y necesariamente inacabado. En relación a los conceptos de clase o pueblo habría que remarcar, en todo caso, que la composición de los movimientos y de las movilizaciones que posibilitaron el surgimiento de gobiernos progresistas no pueden ser comprendidas en lo esencial por medio de ninguno de esos conceptos –al menos en su significado tradicional–. Dicha composición se corresponde, no obstante, con las transformacio-

46 Véase Gago, Verónica, «Financialization of Popular Life and the Extractive Operations of Capital: a Perspective from Argentina», en *South Atlantic Quarterly* 114 (1), 2015, pp. 11-28.

nes profundas que han reorganizado el trabajo y la vida en la región en las últimas décadas. Además, el lenguaje populista tiene en Latinoamérica cierto poder de atracción, y en varios países se utilizó deliberadamente y con eficacia por los poderes políticos de izquierdas, con carácter electoral y en la política institucional. Esto posibilitó importantes medidas y experimentos políticos que han dejado profundas huellas en las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, al mismo tiempo hay que reconocer, que el momento en que los procesos de transformación han sido más profundos y eficaces ha sido cuando las acciones de los gobiernos progresistas han estado acompañadas de forma paralela por luchas y acciones de los movimientos, que a menudo surgían en una clara relación conflictiva con esos mismos gobiernos. El momento populista de izquierdas rompió esta dialéctica tan característica, mientras la integración regional hacía sitio al resurgimiento de los intereses nacionales, y la situación económica empeoraba. Aunque todavía hay en Latinoamérica gobiernos que merece la pena seguir apoyando desde una perspectiva de izquierdas (pensemos simplemente en Bolivia), las crisis y los hundimientos de muchos gobiernos de izquierdas (desde Argentina hasta Brasil) están ligados profundamente a estas tendencias del mo-

mento populista de izquierdas. Por lo tanto, cabría admitir que el populismo de izquierdas ha superado positivamente la prueba en Latinoamérica, pero con no pocas reservas.

2. El movimiento de movimientos y la multitud

A principios de los años 2000, el original trabajo del colectivo boliviano *Comuna* tuvo en Latinoamérica una influencia especialmente importante en la renovación de los movimientos sociales. Arraigado en las experiencias del EGTK (Ejército Guerrillero Túpac Katari, una guerrilla que unía su carácter marxista con elementos del *indigenismo*), pero también en la obstinada tradición boliviana de la sociología, el colectivo reunía a intelectuales y militantes como Álvaro García Linera, Raquel Gutiérrez, Luis Tapia y Raúl Prada Alcoreza. Ante el extraordinario papel de los indígenas en las luchas de principios de siglo, *Comuna* se puso como tarea conceptualizar la nueva composición del campo político y de la «estructura

del levantamiento».⁴⁷ Desde la revolución de 1952, aquellas estructuras estaban marcadas por el rol hegemónico del movimiento obrero y especialmente de los mineros, que habían organizado en torno a ellos un «campo nacional-popular». Las políticas neoliberales habían puesto en cuestión aquella hegemonía: no habían vencido definitivamente al movimiento obrero, pero según los análisis de *Comuna*, aquellas nuevas políticas habían puesto en el centro de la vida política y económica a otros sujetos –desde quienes vivían del trabajo informal hasta quienes mantenían las economías comunitarias en el campo y en las periferias urbanas–. Para definir la nueva composición de las luchas, que combinaba las diferentes temporalidades y antagonismos históricos (hasta la época del colonialismo), los miembros de *Comuna* (y sobre todo Raúl Prada Alcoreza) utilizaron el concepto de «multitud». Este concepto tiene sus raíces específicas en la historia boliviana y su tradición sociológica. Más allá de esto, *Comuna* estaba en permanente diálogo también con la tradición italiana operaísta y postoperaísta, en la cual

47 Véase el artículo de Luis Tapia en Stefanoni, Pablo; Svampa, Maristella (eds.), *Bolivia: Memoria, Insurgencia y Movimientos Sociales*, Buenos Aires, El Colectivo – Clacso, 2007.

este concepto había jugado un papel prominente a principios de los años 1980.⁴⁸

Al mismo tiempo el concepto de multitud había experimentado una cierta propagación en el movimiento de crítica de la globalización entre Seattle, Porto Alegre y Génova (por mencionar tres lugares importantes y simbólicos). Con lemas sencillos pero radicales, como «otro mundo es posible», este movimiento logró una politización fundamental de aquella globalización que, a principios de los años noventa, se había presentado como una suerte de proceso definido por el destino. Y el «movimiento de movimientos», por retomar una autodenominación que entonces se utilizaba mucho, era capaz de ligar una gran cantidad de resistencias heterogéneas contra el capitalismo global y diferentes sujetos –unificados como *movimiento antisistema*–. Aunque el movimiento alcanzó su punto álgido con las manifestaciones y acciones directas en el norte global, la influencia del Foro Social Mundial de Porto Alegre aseguraba que su lenguaje y su estilo comenzaran al menos a reflejar la relación entre

48 Véase Prada Alcoreza, Raúl, «Los movimientos moleculares de la multitud», en *Subversiones indígenas*, La Paz, Muela del Diablo Editores, 2008, pp. 89-144.; AA.VV., *Pensando el mundo desde Bolivia*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2010.

las luchas y los movimientos del norte y del sur. En este sentido, el movimiento de movimientos fue un laboratorio extraordinariamente importante para el redescubrimiento del internacionalismo tras el fin del socialismo real y del sistema de «tres mundos» de la posguerra. En él se volvió a plantear la cuestión de la clase y del pueblo en el nuevo marco global.

La relación con el proceso de globalización era entonces objeto de intensos debates. ¿Podía denominarse al movimiento, de forma directa y sencilla, como un «movimiento antiglobalización»? La necesidad de una «globalización alternativa» era algo a menudo planteado en el debate –con implicaciones reformistas o radicales–. A menudo, y más allá de la cuestión de una «gobernanza global» alternativa, la inequívoca dimensión global del movimiento estuvo en situación de radicalizar la mencionada politización de la globalización. Esto se vio, por ejemplo, en la crítica a aquellas posiciones que veían al Estado nación como lugar exclusivo de la resistencia contra la globalización, o el intento continuo por sacar a la luz las contradicciones y los antagonismos de los procesos globalizadores así como sus nuevas formas imperiales. La *migración* jugó en ello un papel bastante importante, por

ejemplo en Génova en 2001 (donde se le dedicó el primer día de la movilización anti-G8), pero también en los Foros Sociales europeos, desde Florencia en 2002 hasta Atenas en 2006. La expresión «globalización desde abajo», que disfrutó de una cierta influencia en el movimiento, fue utilizada por muchas y muchos activistas de los movimientos relacionados con las migraciones –también para poner de manifiesto los desafíos políticos ligados a la geografía global y a la historia de las migraciones–. Bajo nuestro planteamiento, significa esto: *Se reconoció a la migración, por un lado, como una parte de la composición de clase, y por otro lado, como un poder que cuestiona de manera radical los límites nacionales del concepto de pueblo.*

La aceptación del concepto de multitud dentro del movimiento de movimientos respondió a la necesidad de que las reivindicaciones fueran similares desde la perspectiva de la recomposición y la transformación del trabajo. El concepto de multitud no fue en modo alguno hegemónico en el discurso político del movimiento; sin embargo dentro del debate del momento representaba, en nuestra opinión, un intento radical por abordar la cuestión de la clase y del pueblo de forma actualizada. La formulación del concepto en el operaísmo italiano

se retrotrae al trabajo de Toni Negri y su recepción de Spinoza.⁴⁹ Desde entonces, se ha utilizado como opuesto esencialmente al concepto de pueblo, tal y como se formuló en el *mainstream* de la teoría política occidental (desde Hobbes hasta Hegel), y transformó después, de acuerdo a las representaciones de la soberanía popular, en categoría jurídica. Aquí se trata de dos puntos de vista radicalmente diferentes de plantear y pensar la cuestión de la unidad política. Mientras que el pueblo representa el movimiento de su constitución, en cierta forma congelado en forma de soberanía estatal, la multitud remite a un movimiento constituyente abierto y de democracia radical que no sacrifica la heterogeneidad de su composición en una unidad, sino que utiliza como base de la innovación política, una forma renovada y ampliada de unidad.⁵⁰

El carácter político del concepto de multitud interpela no solo a la teoría del Estado, sino también a la cuestión del partido y de la organización. Mien-

49 Negri, Toni, *Die wilde Anomalie. Spinozas Entwurf einer freien Gesellschaft*, Berlín, Wagenbach, 1982 [edición en castellano: *La anomalía salvaje*, Madrid, Anthropos, 1993].

50 Véase Virno, Paolo, *Grammatik der Multitude: Untersuchungen zu gegenwärtigen Lebensformen*, Berlín, ID-Verlag, 2005 [edición en castellano: *Gramática de la multitud*, Madrid, Traficantes de sueños, 2003].

tras que surge como oposición al concepto clásico de pueblo, su relación con el concepto de clase es claramente más problemática. Aunque el concepto de multitud ultimamente ha sido caracterizado como una categoría estética, desde el principio fue para el operaísmo y postoperaísmo que lo desarrolló, un concepto de clase. Para decirlo con más claridad, en su época fue un intento de comprender las transformaciones de la composición de clase tras la crisis de centralidad del «obrero masa» industrial. Fue teorizada en un tiempo en el que la profunda heterogeneidad (de figuras subjetivas, de situaciones laborales, de regulaciones de derechos, etc.) se había convertido en una característica estructural del trabajo vivo. El análisis del postfordismo y del surgimiento de la precariedad que se realizó en los años noventa a través de la relectura de Marx, profundizó esta dimensión de clase del concepto, aunque ligada de diferente manera a su carácter político –a partir de la hipótesis de que la nueva composición de clase permitiría esbozar una política de la multitud–.

El concepto de multitud se ha ligado a menudo, más allá de esto, con una teoría sobre la centralidad del trabajo «inmaterial» o cognitivo, o con la «intelectualidad de masas». Resulta sorprendente

que este aspecto –así como en general la búsqueda de una nueva centralidad– haya conducido a tantos equívocos. Cuando remarcamos la relevancia de los sujetos intelectuales proletarizados y también del «*general intellect*» [intelecto general] en el capitalismo actual, no podemos sostener que se trate de una figura central. Más allá de esto lo que nos interesa, como muestra el ejemplo de Bolivia, es probar el concepto también fuera de los contextos occidentales y utilizarlo como manual para un análisis de una composición de clase cuyas coordenadas espaciales son globales –también y especialmente a la luz del significado político actual de la migración–.

En todo caso, pensamos que el concepto de multitud sigue conteniendo, en este sentido, importantes desafíos que nos fuerzan a tratar la clase como un campo de tensiones en el que sujetos explotados no tradicionales pueden encontrar su lugar. Y permite imaginar una política de clase desde el punto de vista de los movimientos, las luchas y el encuentro de una gran cantidad de actores heterogéneos. En el movimiento de movimientos, este concepto parecía capaz no solo de dar cuenta de la composición del trabajo y de las luchas en muchos lugares del mundo, sino también de apoyar la

búsqueda de una política marcada por una crítica radical de cualquier política de la identidad. El concepto de multitud estaba acompañado entonces por la influencia de experiencias políticas y teóricas heterogéneas –desde el zapatismo hasta la teoría *queer*–.

El movimiento global, que encontró quizás su última y en cierto modo tardía expresión en Europa, en la cumbre de Heiligendamm de 2007, constituye una referencia importante y necesaria para nuestra reflexión sobre una nueva política de la transformación radical. La politización de la globalización que produjo abrió nuevos espacios políticos dentro de los cuales una multitud de cuestiones –desde la ecología hasta la pobreza, desde la migración hasta los derechos sociales– se pudieron presentar de distinta manera y se convirtieron en campos de batalla. La combinación entre manifestaciones tradicionales y acción directa, que a menudo los caracterizaron, sigue siendo inspiradora para las nuevas generaciones de activistas. El entrelazamiento de las reivindicaciones sociales, económicas y políticas ha desafiado el concepto de democracia y al mismo tiempo lo ha reanimado. Al mismo tiempo, la referencia al movimiento de movimientos es para nosotros necesariamente una referencia

histórica. Este movimiento surgió en una fase de la globalización que fue clausurada hace tiempo. Con la crisis de la nueva economía (*new economy*) del año 2000, el 11 de septiembre de 2001 y el consiguiente inicio de la guerra contra el terror (*war on terror*) en Afganistán y en Irak, comenzó una nueva fase. Y, seguramente, se puede añadir que el día de acción mundial contra la guerra en Irak, el 15 de febrero de 2003, cuando el *New York Times* hablaba del movimiento como la «segunda potencia mundial», marcó al mismo tiempo el punto álgido de su desarrollo y el inicio de su hundimiento.

Posteriormente, la globalización ha cambiado varias veces de dirección: con la derrota del unilateralismo de EEUU en Afganistán y en Irak, con la crisis financiera y económica de 2007/8, con el ascenso contradictorio de los países del BRICS, con las transformaciones del terrorismo, con el desarrollo de la guerra en Siria y, finalmente, con la elección de Donald Trump como presidente de EEUU. El mundo actual, caracterizado por nuevas combinaciones de nacionalismo y neoliberalismo, por importantes tensiones geopolíticas y geoeconómicas, así como por una circulación continua de la crisis por los canales del sistema-mundo capitalista, no se parece al de los años noventa tardíos,

época del surgimiento del movimiento de movimientos. Y a pesar de ello, sigue siendo necesario un movimiento global y un redescubrimiento del internacionalismo. La cumbre del G20 en Hamburgo y las protestas en su contra han planteado de nuevo esta cuestión. No obstante, aunque nuestra reflexión y nuestras acciones deben estar a la altura de una nueva situación marcada por un G20 dividido, una crisis de la globalización neoliberal, un fortalecimiento de las derechas y por tensiones geopolíticas.

3. Los movimientos democráticos y las plazas

Un elemento en discusión y recurrentemente problematizado del movimiento de movimientos fue la articulación entre las dimensiones «global» y «local» de la acción política. Mientras el movimiento se componía de una gran cantidad de luchas, organizaciones y campañas, arraigadas en cada caso en contextos específicos, su desarrollo alimentó también un estilo activista que fundamentalmente era nómada y consistía en «saltar» de una contracumbre o Foro a la siguiente. Este estilo hizo posibles muchas experiencias políticas, pero también las marcó con ciertos límites. Como consecuencia,

no pocos se apartaron de la dimensión global, en una reacción algo exagerada, y se retiraron a lo local. El ciclo político del movimiento de las plazas de 2011, considerado a partir de esta dicotomía, era algo diferente y nuevo, ya que por un lado transformaba espacios físicos (como las plazas) en espacios políticos, y por otro estuvo jalonado por circulación de experiencias que iban desde Túnez y Egipto, pasando por Europa, hasta EEUU y Asia.

Ocupémonos de este ciclo político desde la perspectiva europea. El estallido de la crisis económica mundial en 2007 y su declinación en las crisis de las deudas de los Estados, implantó la política de austeridad en el sur de Europa, que entró definitivamente en una nueva situación política. Evidentemente, las cuestiones en torno a la clase, las injusticias sociales y la pobreza no habían desaparecido, sino que se volvían a dibujar nítidamente en el neoliberalismo. A pesar de ello, los grandes movimientos del año 2011 fueron un punto de inflexión especial en la politización de estas cuestiones. Para decirlo de manera algo bruta: la cuestión social y también la categoría de pobreza volvieron al centro del conflicto social –también allí donde habían sido consideradas un fenómeno secundario del capitalismo neoliberal, que hubiera quedado intacto de

no haber sido por ellas—. Esto vale directamente para los países en los que se implementaron programas de austeridad, pero también para el espacio político europeo. Aquí el neoliberalismo tomó, con el estallido de la crisis, si no antes, un giro autoritario, por el cual sus seductoras promesas se revelaron como mentiras para una gran parte de la sociedad.

Aunque aquí hablemos de un retorno de la cuestión social, hay que remarcar que no se trataba de una vuelta de sus formas políticas clásicas. Cuando en mayo de 2011 el movimiento de las plazas entró en el escenario político de Grecia y España, ya se habían producido varias oleadas de huelgas y huelgas generales en las que había participado una parte considerable de la sociedad. Aunque desde el punto de vista de la movilización habían sido exitosas, no pudieron superar el sentimiento de impotencia y fracaso. En ese momento se produjeron las ocupaciones de plazas, que resultaron importantes gracias a sus nuevas características, a su ingeniosa habilidad y su capacidad para rearticular el conflicto político y social.

¿Qué se puede decir sobre este momento especial? En primer lugar, seguramente fue central

que las ocupaciones de plazas se moviesen en el terreno de la política social del Estado y de los derechos sociales y económicos, poniendo el foco en la política de austeridad y en su espíritu elitista y antidemocrático. Sin embargo, partiendo de aquí también se hizo posible una nueva constelación política que superó este terreno: las ocupaciones de plazas construyeron, de una forma comprensible para todas las personas, una identidad abierta, híbrida, de la «gente común» (lo que seguramente hacía clara referencia al trabajo asalariado) –abordando conjuntamente las insoportables y extendidas condiciones de vida–. Las ocupaciones de plazas no comenzaron en una única y específica realidad social (la empresa, el barrio, el desempleo), sino que fueron la expresión común de todas estas diferenciaciones, articuladas como movimiento por la democracia.

Con ello aparece otra singularidad del año 2011: a pesar de comenzar por el aumento de la gravedad de la situación social, la lucha de clase que se desató a continuación se articuló en un *terreno político* específico –como movimiento por la democracia, del *demos*, que sobrepasó decididamente el horizonte de la política de los intereses–. En este sentido, el lema español «democracia real

ya» dejaba clara toda una constelación social con pocas palabras. Con la demanda de una «democracia real», la crisis del capitalismo y la política de austeridad se proyectaban en la dimensión de lo político, y se ponía en cuestión la legitimidad de la representación política. Se podría añadir también, con algo de romanticismo, que fue justamente esta especial y contradictoria mezcla entre «ciudadanismo» y «conciencia de clase» (que se correspondía con una mezcla retórica de pueblo y clase) la que posibilitó esa nueva dinámica política.

Aquí no hay que silenciar que la mirada sobre la dimensión de la representación pública y de la democracia condujeron a distintas dinámicas sesgadas que culminaron en errores estratégicos nada desdeñables. Sin embargo, al mismo tiempo hay que poner de relieve que precisamente el autoempoderamiento político fue el que abrió un nuevo espacio político con la superación de una mera política de los intereses. Mientras alcanzábamos a ver algo así como la multitud reunida, era evidente que el trasfondo social del levantamiento no era solo un «discurso». No se podía obviar que el momento destructivo –y al mismo tiempo discursivo– de las ocupaciones de plazas y su reivindicación de democracia real, así como las propias prácticas democrá-

ticas desarrolladas, eran algo significativo. La salida de la «pura inmanencia» y la reorganización discursiva del campo político abrieron espacio a nuevas dinámicas sociales. No es casual que 2011 fuera el año de la transformación radical y positiva de Syriza en Grecia, que fue capaz de comprender la nueva composición política del movimiento de las plazas y de unirla con una rearticulación en forma de partido político.

A esto hay que añadir otro factor, cuyo significado resulta decisivo para nuestro contexto, más allá de aquella dinámica política (y de su conocida y triste evolución). Por seguir con el ejemplo griego: había y hay aquí una específica «*making of class*» (formación de la clase), que existía en la indescribible solidaridad de una gran parte de la población griega –y que se mantiene hasta hoy–, y que no era una invención político-filosófica. Esta dimensión de la subjetividad, por la que la adhesión a la clase tiene más que ver con una cuestión de actuación y de decisión cotidiana que con una pertenencia objetiva, es tan importante como el hecho de que nunca se trataba de un voluntarismo moral (y menos de *voluntarios*). La capacidad de la población griega para no romper en tiempos de crisis económica la solidaridad recíproca e incluso lograr

nuevas formas de lo común (desde las complejas estructuras de solidaridad hasta la ayuda a las personas refugiadas) es una clara indicación de que «la clase» no es un simple hecho que viene dado por la proporción de capital, sino más bien un proceso activo y una decisión. Por medio de los movimientos de las plazas surgieron procesos extraordinariamente importantes de autoorganización social o se fortalecieron los ya existentes –desde *Solidarity4all* en Grecia hasta los intentos de renovación de una praxis de sindicalismo social como por ejemplo las *mareas* o la PAH en España; esta última una experiencia de lucha radical contra los desahucios que, entre otras cosas, colocó a la actual alcaldesa de Barcelona–. Por otro lado, en cuanto a los ensayos de populismo de izquierdas en España y en Grecia, también es significativo que el éxito relativo de Syriza y Podemos no se puede entender solamente (en el sentido de Laclau) como una renovación de la representación política y sus correspondientes técnicas discursivas, sino que está profundamente anclado en prácticas sociales cotidianas. La materialidad específica de la dinámica política era seguramente más que una «situación social» objetiva; tenía que ver con una praxis solidaria y agitada de lo común, a nuestros ojos una importante lección.

4. El nuevo populismo de izquierdas alemán

Volvamos a Alemania, que pasó de lo que parecía un fuego sin llama a un gran estallido, y que comienza con una anticipación de la política de austeridad pública por medio de la implementación de la *Agenda 2010*. En la concepción política de la misma, se aludía literalmente al final definitivo de la promesa de felicidad del Estado de bienestar, que ahora estaba ligada a una nueva dimensión de pobreza y precariedad, producida por el Estado. Al mismo tiempo –a excepción del surgimiento del partido La Izquierda (Die Linke)–, a pesar de la oleada masiva de protestas de los años 2003/4, el sistema de coordenadas políticas de Alemania ha disfrutado de una gran estabilidad durante mucho tiempo. Esto

cambió con el crecimiento de AfD,⁵¹ que impulsó, aunque fuera con retraso, una fase de reflexión en la izquierda: Die Linke comprendió retrospectivamente su relativa incapacidad para encontrar una respuesta a esta nueva situación y a sus realidades sociales. En el momento en que la AfD como partido protesta de derechas (también en relación con PEGIDA⁵²) amenazaba con ocupar el papel de la oposición social, comenzó una discusión necesariamente precipitada sobre la incapacidad y la renovación y actualización de la izquierda –con lo que volvemos a las cuestiones que nos han servido de partida–.

Al ascenso de AfD y también al debate de la izquierda política se le añadía un segundo acontecimiento, esto es, el «verano de la migración» de 2015.⁵³ Los acontecimientos del «*march of hope*»

51 AfD, *Alternative für Deutschland* (Alternativa para Alemania) es un partido de nuevo cuño de extrema derecha fundado en 2013, que en 2017 alcanzó el 12,6% de los votos en las elecciones al *Bundestag* (Parlamento Federal) y 94 escaños de los 709 que lo conforman [N. del T.].

52 PEGIDA, acrónimo de *Patriotische Europäer gegen die Islamisierung des Abendlandes* (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente) es un movimiento político nacionalista alemán antiislámico y de ultraderecha, que tuvo un gran auge desde su fundación en 2014 convocando manifestaciones masivas de hasta 25 000 personas en diciembre de 2014 y enero de 2015 en Dresde [N. del T.].

53 Véase al respecto Hess, Sabine et al., *Der lange Sommer der Migration. Grenzregime III*, Berlín – Hamburgo, Assoziation A, 2017.

(marzo de la esperanza) y la compleja disolución temporal del régimen fronterizo no solo aceleraron el campo político. También representaron, al igual que antes, un desafío esencial para la izquierda política. Nos gustaría, en este sentido, hacer referencia a dos diagnósticos de coyuntura escritos en alemán, que intentan realizar una cartografía actual de las desigualdades sociales, y que de forma paradigmática, llegan a resultados radicalmente diferentes, partiendo de un espacio político bastante similar. Por un lado «*Abstiegsgesellschaft*» (La sociedad del descenso), de Oliver Nachtwey,⁵⁴ y por otro «*Externalisierungsgesellschaft*» (La sociedad de la externalización) de Stephan Lessenich.⁵⁵ Aunque ambos autores estarían seguramente bastante de acuerdo en sus respectivos análisis, sus diferentes perspectivas arrojan imágenes completamente diferentes de la situación política de partida, y con ello también distintas conclusiones políticas. Mientras Nachtwey narra una historia del descenso colectivo en el post-Estado de bienestar y desarrolla la cuestión social esencialmente como una cate-

54 Nachtwey, Oliver, *Die Abstiegsgesellschaft – Über das Aufbegehren in der regressiven Moderne*, Berlín, Suhrkamp, 2016 [edición en castellano: *La sociedad del descenso. Precariedad y desigualdad en la era posdemocrática*, Barcelona, Paidós, 2017].

55 Lessenich, Stephan, *op. cit.*

goría interna de la dinámica nacional de crisis, para Lessenich la realidad de la república federal está marcada además por una gran expulsión de su contexto global –y con ello también por la externalización política de la cuestión social global (o *real*)–. Este punto de vista no va contra la enunciación de la creciente y, en parte, dramática desigualdad social en Alemania y contra el fundamento neoliberal de sus políticas sociales y del mercado de trabajo. En realidad, Lessenich relativiza el planteamiento de que la desigualdad social extrema se asiente en el sistema de coordenadas nacional –y aquí coloca la reivindicación política central, representada «en política interior» por las personas migrantes–.

Con los movimientos de migrantes del verano de 2015 este debate ha vuelto con especial fuerza al centro de la discusión política como un asunto práctico –como cuestión de solidaridad cotidiana y política–. Aparte de esto, ha roto también de forma radical, naturalmente, el sistema de coordenadas de «dentro» y «fuera». En este punto la pregunta central de una política de clase contemporánea de izquierdas en Alemania es la siguiente: ¿Qué es entonces exactamente en una metrópolis europea y global –por decirlo con conceptos completamente triviales– «arriba» y qué «abajo», y en qué consiste

«la» cuestión social? También se esboza la cuestión del horizonte; en cuál de ellos se sitúa la tarea de una renovación de la política de izquierdas (o también un populismo de izquierdas), es decir, a qué clase se refiere cuando dice «clase». Para la política de izquierdas parece claro que aquí clase solo tiene, una vez más, un sentido, dado que pudiendo, de algún modo, hacer productivas las tensiones y las diferencias que se dan entre la situación de las personas refugiadas, por un lado, y la situación de las «clases bajas» alemanas, por otro, opta por relativizar una frente la otra.

Sin embargo, por desgracia, en los últimos años ha habido muchos ejemplos en los que una parte no desdeñable de la izquierda ha percibido el movimiento de las personas refugiadas como una molestia para su sistema de coordenadas nacional, y sobre el que no son capaces de dar ninguna respuesta política sistemática. Incluso ha sido visto como un problema, porque las personas migrantes son presentadas como una competencia en el mercado de trabajo y en las políticas sociales en vez de politizar las condiciones del trabajo migrante. La defensa de los privilegios de ciudadanía que todavía quedan del «Estado social-nacional» frente a los «flujos migratorios» es desde entonces un «discurso» al que se ha

sumado también parte de la izquierda de partidos, que habla de un «retorno de la cuestión social». En parte lo hace de forma explícita y en parte indirectamente. Lo que les une es el ideal político del Estado de bienestar social-nacional, aunque sus hipótesis económicas hace tiempo que no se sostienen y sus hipótesis políticas se consiguen por medio de políticas nacionalistas de exclusión. En estas posturas no solo se muestra el profundo oportunismo de los representantes políticos (del partido) de la «izquierda» al politizar de forma selectiva la desigualdad y la injusticia (que en definitiva se puede explicar por el derecho al voto). Es necesario ir más allá y plantear de manera seria la cuestión de en qué medida la exclusión (llevada a cabo de forma implícita o explícita) de las personas refugiadas, por parte de aquella reflexión política, es el resultado de una pura incapacidad para desarrollar alternativas políticas transnacionales que estén a la altura del capitalismo globalizado contemporáneo.

En realidad, a menudo nos enfrentamos con visiones políticas que dependen de un tiempo pasado completamente idealizado, y que no solo embellecen *a posteriori* el Estado de bienestar nacional, sino que imaginan su reedición como una respuesta válida para el presente a las preguntas y los proble-

mas de las personas que viven en Alemania. Para decirlo brevemente: estas posturas se acercan a una variante de política clientelar y de la identidad que no contribuye en modo alguno a la renovación de la clase política de izquierdas, sino que más bien renueva sus límites tradicionales. Este intento parece poseer algunas capacidades de movilización del medio. Sin embargo, no posee ninguna perspectiva de un proceso político o de un «*making of class*» al no estar en situación de concebir una visión política de futuro que pueda ofrecer más que la promesa del pasado. Más bien, podemos constatar que la pretendida vuelta de la política de clase del siglo XX va acompañada de un ataque (más o menos explícito) contra todas aquellas personas que han desafiado su praxis. No resulta nada sorprendente, por lo tanto, que el nuevo populismo de izquierdas alemán defina su propia unidad siempre contra las personas migrantes y los «discursos de género». La clase a la que se dirigen es más bien un grupo con un determinado estatus, que solo puede ser aislado de forma artificial de otras partes de la sociedad.

De una forma –quizás algo resumida– podemos reconocer algo más. Los ataques a los derechos y a las cuestiones de los refugiados así como a la historia de la Nueva Izquierda, descrita burlescamente

como «política de la identidad», son también un ataque renovado al menos contra tres grupos de los que hemos hablado antes: al poner el foco en el mercado clásico del trabajo «productivo», las luchas de las *mujeres* y de la división del trabajo jerarquizada sexualmente, sobre todo, se siguen explicando todavía como un fenómeno secundario; al enfocarse sobre el espacio político nacional, las *personas migrantes* son tratadas de nuevo como un «afuera» secundario y (como mucho) incluidos en la política de izquierdas bajo un punto de vista humanitario; y al mirar solo parcialmente el proceso de desmoronamiento del Estado social y al idealizarlo después, se ignora la subjetividad específica y la situación de las *generaciones jóvenes*. Naturalmente, esta lista es más extensa: por ejemplo con la omnipresente y en parte profunda ignorancia y desprecio ante las políticas *queer*. En todo caso, es evidente –y con este punto quisiéramos terminar–, que nos encontramos de nuevo ante un intento por revitalizar la idea de la contradicción principal, que conduce a una política escorada por sesgos patriarcales, nacionalistas y generacionales, y en esta medida puede construir cualquier cosa menos una «clase para sí».

¿Qué se oculta entonces detrás de una parte importante e influyente del nuevo populismo de izquierdas alemán y de su clase? En primer lugar, seguramente, la promesa de volver a producir un espacio público nacional con las herramientas de la soberanía estatal y de los privilegios de la ciudadanía, en el cual se convierta en tabú, y al mismo tiempo se compense, la dimensión global del capitalismo actual. Que una «lucha» de este tipo conlleve todos los rasgos de la exclusión selectiva del viejo movimiento obrero debería ser tan evidente como el hecho de que se enreda en un inútil conflicto por volver a producir soberanía nacional y Estado de bienestar. Si miramos a las elecciones federales y al peligro, que también amenaza por la «izquierda», de una consolidación nacionalista y selectiva de la política social –que encaje casi sin problemas con la política europea desarrollada hasta el momento por el gobierno federal– cualquier avance en política social debería medirse de acuerdo a la cuestión de la reproducción (y también en general a las «formas de vida»), a la dimensión transnacional de la política alemana, y también a la composición multinacional de la población «alemana». La alternativa es solo una concesión selectiva y autoritaria a parte del electorado.

5. En busca del nuevo proletariado

¿Es necesario un populismo de izquierdas para politizar de nuevo la cuestión de clase? En el debate actual de la izquierda hay quienes defienden esta posición, aunque con distintos matices. En este texto, hemos intentado discutirla, clasificarla en términos políticos y teóricos y problematizarla. Nos hemos centrado en la genealogía del concepto de clase y hemos bosquejado algunos momentos de su historia política. La discusión de algunos pasajes de la obra de Marx nos ha permitido poner de relieve las diferentes tensiones, oscilaciones e incluso contradicciones del concepto de clase. Estamos convencidos de que al menos algunas de estas tensiones se corresponden todavía hoy con la realidad misma, y han de convertirse en políticamente productivas. Entre ellas se encuentra la brecha entre la dimensión objetiva y estructural del concepto

de clase y su momento subjetivo, que acompaña al concepto de lucha de clases y sitúa el problema de lo político dentro del concepto de clase. Al mismo tiempo, hemos de insistir en que la clase y la cuestión social no son en modo alguno sinónimos. La última es más bien una categoría gubernamental que desde finales del siglo XIX constituye la base para la integración del movimiento obrero en la «sociedad burguesa» y sus instituciones –y después, para un proceso de constitucionalización del trabajo que ha marcado profundamente al siglo XX–. También hemos intentado mostrar que estos procesos, que posibilitaron victorias sociales y democráticas significativas en el marco del Estado de bienestar, estaban promovidos y acompañados por la hegemonía de un concepto de clase objetivista y economicista dentro del movimiento obrero.

Este concepto de clase, que nombramos como el concepto de clase del movimiento obrero (sin olvidar que la historia del movimiento obrero es mucho más complicada, heterogénea y rica) tenía límites específicos que se visualizaban en la representación política y económica por medio del partido y del sindicato. Las mujeres y los trabajadores y trabajadoras migrantes, la reproducción y el trabajo «improductivo» estaban, o bien excluidas de esta

representación o solo incluidas en ella de forma selectiva, diferenciada o subordinada. Hemos intentado mostrar que las experiencias en torno a 1968 desafiaron de forma radical el concepto de clase del movimiento obrero y que, en esa medida, supusieron una reanimación de la clase como campo de tensiones. Heterogeneidad de la composición de clase, nuevas combinaciones de producción y reproducción, eliminación de los límites del trabajo productivo son, en resumen, algunas tendencias que emergieron en las revueltas de aquellos años, reflejadas en la teoría y en las prácticas de la Nueva Izquierda y posteriormente, por medio de la reestructuración capitalista neoliberal y global, convertidas en la base de nuevos procesos de explotación y valorización del capital. Por último, hemos intentado mostrar que en muchas experiencias políticas recientes (como las de las luchas sociales y los gobiernos progresistas en Latinoamérica, el movimiento de movimientos o las ocupaciones de las plazas) estos aspectos de la composición de clase se presentan de nuevo como campos de batalla.

Basándonos en estas experiencias, sostenemos que el concepto de clase sigue suponiendo un desafío central para la fundamentación de cualquier política de izquierdas. Clase significa desde el

principio una división radical en la sociedad, que se fundamenta de forma objetiva en las relaciones de producción y se expresa de forma subjetiva en la lucha de clases. Los procesos de empobrecimiento y desposesión han jugado siempre un papel importante en la producción de la clase explotada, aunque también han estado atravesados por momentos subjetivos de resistencia y de lucha. Estos rasgos fundamentales del concepto de clase siguen siendo hoy actuales, pero han de ser repensados y reformulados. En particular, las relaciones de producción en el capitalismo contemporáneo están caracterizadas por un alto grado de socialización que no elimina, pero seguramente sí pone en cuestión, muchos límites (entre producción y reproducción, vida y trabajo, empleo y desempleo). Esto tiene profundas consecuencias tanto para la composición como para la *vivencia* de la clase. Dentro de la clase se plantea también la cuestión de la democracia. Por otro lado, la historia de las luchas ha conducido a que la relación entre la fuerza de trabajo y su portador (el cuerpo) se politice de manera radical. Esto transforma la naturaleza misma de la fuerza de trabajo así como las luchas en torno a su enajenación.

Estas cuestiones están directamente relacionadas con cómo se presenta hoy la anatomía de una política de clase que aborde el problema de la «conciencia de clase», naturalmente a su manera. Podemos en esta cuestión referirnos, incluso, a otra tensión ya planteada por Marx. Justo aquí se mezclan diferentes ideas acerca de cuáles son las bases sobre las que tiene que desarrollarse una política de clase: ¿Qué sienta las bases de la «conciencia de clase», los intereses objetivos y quizá incluso *utilitaristas*, o más bien la experiencia colectiva, común, en la fábrica y el día a día que esta determina? ¿Es la solidaridad, a partir de aquí, una táctica egoísta, automática o incluso intuitiva que persigue con obstinación sus objetivos, o más bien es una decisión política que no surge de manera automática a partir de la parte objetiva de la situación?

No sorprenderá que nos resulte más plausible lo segundo: la superación colectiva de la competencia individual organizada por el mando capitalista nunca es un automatismo; las estrategias alternativas para la persecución de los intereses individuales o de grupos específicos siempre existen. En este sentido, tampoco se puede concebir la «conciencia de clase» como una comprensión de los «verdaderos» intereses propios, tal y como aparece en

las campañas educativas marxistas. La conciencia colectiva y la solidaridad recíproca están, más bien, integradas en la capacidad de poder pensar y vivir lo común, de reconocerse en el otro. A nuestro entender, toda política de clase de izquierdas debería ser consciente de este hecho: la «conciencia de clase» siempre es superior a la persecución del interés propio –que siempre puede ser dirigido contra los otros como egoísmo y competencia–.

Al mismo tiempo, podemos decir con certeza que hoy resulta más difícil que nunca, hecho que lo convierte en tarea política, un reconocimiento del otro, debido a diferentes dinámicas sociales. Las experiencias colectivas y relativamente homogéneas en el puesto de trabajo (como por ejemplo en la época de la cadena de producción) pierden importancia; la regla es ahora que los ritmos y las condiciones del trabajo estén subjetivizados, individualizados y especializados; la progresiva individualización no es solo fuente de nuevas libertades, sino también de nuevas trincheras; las metrópolis globalizadas producen encuentros sociales complejos. La «conciencia de clase» se encuentra hoy ante estos inmensos desafíos: ha de descubrir, politizar e inventar activamente, a partir de la heterogeneidad y a través de todas estas diferencias, lo común, que tendrá

necesariamente una forma algo «abstracta» porque ya no puede recurrir a la relativa homogeneidad de las condiciones de vida y de trabajo. Y entre los desafíos centrales de nuestro tiempo se encuentra, seguramente, una nueva politización fundamental de la división global del trabajo, de la dependencia individual del régimen de trabajo neoliberal y de sus consecuencias en la vida social. Comprender la subjetivación del trabajo y de la vida como experiencia colectiva y politizarla de nuevo es una tarea política extraordinaria. Estamos ante un cruce entre explotación, dominio y subjetivación que resulta decisivo para la comprensión y articulación política de las formas actuales de la lucha de clases. Esto tiene mucha más importancia en una situación en la que la heterogeneidad de la explotación y el dominio, y el solapamiento de distintos procesos de valorización, se han convertido en características estructurales del capitalismo así como de la forma estatal del conflicto de clase. Y al mismo tiempo, si recordamos 1968, este contexto también es importante porque el capitalismo neoliberal genera formas de conformismo y adaptación en muchos lugares que, aunque han sido examinadas y descritas por muchos y muchas teóricas, todavía no han encontrado ninguna «forma de rebelión» eficaz como respuesta. En este sentido, la pregunta por

una forma de rebelión eficaz resulta más apropiada en esta búsqueda que el concepto de «resiliencia», que goza últimamente de cierto éxito sin que se atienda a su impronta neoliberal.

Göran Therborn ha escrito que el concepto de clase ha de ser entendido hoy como una «brújula» que oriente la política de izquierdas en dirección a «los explotados, los oprimidos y los marginados en toda su diversidad». ⁵⁶ Si lo comprendemos así, y en toda su dimensión, el concepto de clase se convierte en una herramienta teórica y en un dispositivo de investigación política. Descansa en el corazón de toda política de izquierdas, sin por ello forzarla a quedar reducida a una retórica de la clase. Para nosotros, resulta especialmente importante entender que la política de clase no puede ser hoy, de ninguna manera, una política de los intereses o una «lucha en el trabajo». Debe corresponderse con la compleja relación de la vida atravesada por el trabajo y en la misma medida no deducir la vida a partir del trabajo de forma objetivista. En los últimos años, hemos visto y vivido muchas luchas (como por ejemplo las huelgas de migrantes en EEUU o

56 Therborn, Göran, «Class in the 21st Century», en *New Left Review* 78, 2012, pág. 26 [edición en castellano: «Las clases en el siglo XXI», en *New Left Review* 78, pág. 35].

las huelgas de mujeres en países como Polonia, Argentina o Italia) que han estado fuertemente ligadas con la cuestión del trabajo y, a pesar de eso, no hablan el lenguaje de la política de los intereses. Esto no significa que no sea necesaria una nueva política de los intereses. Pero sí muestra que una politización de la estructura del trabajo dependiente requiere, en general, de una combinación de lenguajes políticos, modos de actuación y formas organizativas que van mucho más allá de la política de los intereses y de quienes tradicionalmente la llevan adelante (especialmente los sindicatos). A ella se corresponde también la necesidad, mencionada al principio, de desarrollar un concepto de trabajo y de división del trabajo que no esté centrado en el trabajo asalariado –sin quitar importancia, sin embargo, a la profunda y creciente *dependencia del salario*–. Los procesos de segmentación étnica y sexual del mercado de trabajo atraviesan y dan forma a la representación clásica de la división del trabajo por cualificación y nivel salarial. Lo que se desprende de aquí es, una vez más, la relevancia material de procesos de subjetivación que desgraciadamente suelen quedar ocultos por el concepto de «políticas de la identidad».

Es conocido que Michel Foucault diferenciaba tres tipos de luchas: luchas contra la explotación, luchas contra determinadas formas de dominio y luchas «contra todo lo que ata al individuo consigo mismo y con ello garantiza su sometimiento a los demás».⁵⁷ Estas luchas contra la «objetivización del sujeto» y por una nueva subjetividad jugaron para él, tras 1968, un papel cada vez más importante. Hemos de insistir en que las luchas por la subjetivación constituyen una parte esencial de los conflictos políticos y sociales de hoy en día. Al mismo tiempo, nos gustaría remarcar que estas luchas se enfrentan *también* a la cuestión del dominio y la explotación, ya que juegan un papel esencial en la organización actual del trabajo y de la cooperación social. La cuestión del trabajo atraviesa de hecho los tres tipos de luchas que Foucault diferenciaba. Al mismo tiempo, todas estas luchas no pueden reducirse a luchas en el terreno del trabajo. Por lo tanto, cuando hablamos de la política de los intereses y de la política de clase nos enfrentamos tanto a una tarea de renovar y ampliar el marxismo como a un reconocimiento de sus límites sistemáticos. Pero añadimos, de modo claro que no hay

57 Foucault, Michel, *Ästhetik der Existenz. Schriften zur Lebenskunst*, ed. por Daniel Defert y Francois Ewald, Frankfurt, Suhrkamp, 2007, pág. 86.

ninguna razón ni ninguna legitimidad para difamar a aquellas políticas que no se mueven en el terreno delimitado por el marxismo. La lucha contra la violencia sexual y sexualizada, los permanentes ataques a la comunidad LGTBIQ, el racismo cotidiano, junto con otras muchas realidades, no son minucias de determinadas «políticas de la identidad» (a menudo necesarias para la supervivencia) por el hecho de no tener ningún lugar concreto en una cosmovisión centrada en el trabajo asalariado, o porque no tengan el punto de mira puesto en el mando capitalista.

La política de clase en la que pensamos es necesariamente algo muy diferente a cualquier forma de populismo de izquierdas. Es una política *expansiva* de emancipación que engloba seguramente reivindicaciones y fuerzas populares pero rechaza cualquier limitación social-nacional. El actual populismo de izquierdas alemán tiene, por el contrario, como peligro estructuralmente inherente, una limitación de ese tipo, porque tiende a atribuir al Estado (nacional), como representación privilegiada del «pueblo», las funciones esenciales de la gestión progresista de la cuestión social. Con esto no queremos decir que el Estado no pueda tener ningún papel en una política emancipadora. En nuestro

análisis de las experiencias latinoamericanas hemos abordado brevemente esta cuestión y hemos puesto de relieve tanto los límites como las potencialidades de la política estatal en este sentido. Sin embargo, estamos completamente convencidos de que el Estado no puede ser el centro de gravedad de una política emancipadora –del mismo modo que sin una política de clase, como la mencionada aquí, la dinámica de la transformación social se ahoga necesariamente—. Además, el populismo de izquierdas insiste en una comprensión muy tradicional del partido y de la representación política. Por el contrario, pensamos que es urgente y necesario inventar una nueva relación entre el «partido comunista» y la clase, y experimentar en la práctica con algo que ha de ser pensado mucho más allá de las formas tradicionales de pertenencia, de unidad política y de representación.

La forma de la coalición, de la acción conjunta, cuando no es aditiva (como mera suma de movimientos y luchas individuales) sino que se piensa como dispositivo organizativo de traducción y subjetivación política, puede abrir, en este sentido, nuevos horizontes. En ese caso, la cuestión democrática resulta inevitable, en el sentido de que el sujeto de una política no puede ser descu-

bierto simplemente por la teoría, sino que surge en los procesos (a menudo difíciles y conflictivos). El mismo Eribon, del que hemos partido, parece tener algo así en la cabeza cuando habla en *Retorno a Reims* sobre la posibilidad de una reorientación de izquierdas del «medio obrero y de las clases populares». Esto es solo posible, para él, por medio de una transformación fundamental de la «situación global (nacional e internacional)», del «sistema de coordenadas político». Para darse una transformación radical de este tipo, según Eribon, seguramente sería necesario un «cierto número de eventos importantes (huelgas, marchas, etc.) que posibilitaran el encuentro entre el «mundo obrero» y «otros sectores de la sociedad» en un nuevo marco político.⁵⁸

Ya nos hemos referido a los movimientos (y huelgas) migrantes y feministas de los últimos años. Las personas migrantes y las mujeres o directamente no figuran o lo hacen de forma secundaria en la agenda política del populismo de izquierdas. En la actualidad, como ya hemos dicho, hay quien defiende de manera implícita o incluso explícita la tesis (pensemos en el debate surgido en Alemania

58 Eribon, Didier, *op. cit.*, pág. 131 [edición en castellano: pág. 143].

con el texto de Eribon, o en las manifestaciones de diversos representantes políticos de la izquierda) de que ha sido precisamente la fijación de la Nueva Izquierda en dichos sujetos la que ha contribuido a la exageración política de la identidad y al olvido de la clase. En oposición a esto, hemos intentado mostrar que, históricamente, la movilización de migrantes y mujeres ha sido absolutamente central para la profundización y la radicalización de la política de clase. En el futuro, cuando pensemos en la relevancia de la movilidad y del trabajo reproductivo para la composición de clase en el marco del capitalismo contemporáneo, las luchas de migrantes y mujeres serán cada vez más importantes en un sentido estratégico. Cientos de miles de personas han comprendido y expresado esto cuando han hecho huelga y se han manifestado en múltiples países el 8 de marzo.

Al leer el llamamiento del colectivo argentino *NiUnaMenos*, que ha llevado adelante una huelga de mujeres y una manifestación de 500 000 personas el 8 de marzo de 2017 en Buenos Aires, podemos interpretarlo como un manifiesto excepcional de la política de clase actual. La apropiación y renovación de la forma de la huelga, que ha abierto también una viva discusión en los sindicatos, se

ha realizado para politizar una variedad de figuras subjetivas del trabajo (formal e informal, precario y migrante, asalariado y doméstico). La lucha contra la violencia sexual y el patriarcado se articula en el marco de una lucha general contra un sistema de dominio levantado por el capital y el Estado sobre la base de la herencia colonial. Y al mismo tiempo, este documento tiene un fuerte carácter constituyente, positivo: «La fortaleza de nuestro movimiento», escribe el colectivo, «consiste en las alianzas que construimos entre nosotras (...) ¡Construyamos el mundo en el que queremos vivir!». Una movilización feminista ha creado así, de forma ejemplar, las bases para la universalización de una lucha orientada a transformar el mundo y la vida.

Bibliografía

- AA.VV., *Pensando el mundo desde Bolivia*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2010.
- Anderson, Bridget, «Just Another Job? The Commodification of Domestic Labour», en Ehrenreich, Barbara; Hochschild, Arlie (eds.), *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*, Londres, Granta Books, 2003, pp. 104-115.
- Arrighi, Giovanni; Hopkins, Terence; Wallerstein, Immanuel, *Antisystemic Movements*, Londres – Nueva York, Verso, 1989 [edición en castellano: *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal, 1999].
- Balibar, Étienne, *Masses, Classes, Ideas. Studies on Politics Before and After Marx*, Londres – Nueva York, Routledge, 1994.
- , *We the People of Europe. Reflections on Transnational Citizenship*, Princeton, Nueva Jersey,

- Princeton University Press, 2003 [edición en castellano: *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa? Las fronteras, el Estado, el pueblo*, Madrid, Tecnos, 2003].
- Bartmann, Christoph, *Die Rückkehr der Diener. Das neue Bürgertum und sein Personal*, München, Hanser, 2016.
- Beck, Ulrich, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Suhrkamp, Frankfurt a. M., 1986 [edición en castellano: *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós, 2006].
- Berger, John; Mohr, Jean, *Der siebte Mensch. Eine Geschichte über Migration und Arbeit in Europa*, Frankfurt a. M., Fischer, 2016 [edición en castellano: *Un séptimo hombre*, Madrid, Capitán Swing, 2015].
- Bojadžijev, Manuela, *Die windige Internationale. Rassismus und Kämpfe der Migration*, Münster, Westphälisches Dampfboot, 2008.
- Boltanski, Luc; Chiapello, Ève, *Der neue Geist des Kapitalismus*, Konstanz, UVK, 2003 [edición en castellano: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002].
- Brand, Ulrich, *Lateinamerikas Linke. Ende des progressiven Zyklus*, Hamburgo, VSA, 2016.
- Buckel, Sonja, «Dirty Capitalism», en Martin, Dirk; Martin, Susanne; Wissel, Jens (eds.), *Perspe-*

- ktiven und Konstellationen Kritischer Theorie*, Münster, Verlag Westfälisches Dampfboot, 2015, pp. 29-48.
- Chevalier, Louis, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*, París, Plon, 1958.
- Crenshaw, Kimberlé W., «Demarginalising the intersection of race and sex. A black feminist critique of anti-discrimination doctrine, feminist theory, and anti-racist politics», en Lutz, Helma; Herrera Vivar, María Teresa; Supik, Linda (eds.), *Framing Intersectionality: Debates on a Multi-Faceted Concept in Gender Studies*, Farnham, Ashgate, 2011, pp. 25-42.
- Cooper, Melinda, *Family Values. Between Neoliberalism and the New Social Conservatism*, Nueva York, Zone Books, 2017.
- Dardot, Pierre; Laval, Christian, *Marx, prénom: Karl*, París, Gallimard, 2012.
- Du Bois, William Edward Burghardt, *Die Seelen der Schwarzen*, Berlín, Orange-press, 2003.
- Eribon, Didier, *Rückkehr nach Reims*, Berlín, Suhrkamp, 2016 [edición en castellano: *Regreso a Reims*, Buenos Aires, Libros del zorzal, 2016].
- Federici, Silvia, *Caliban und die Hexe. Frauen, der Körper und die ursprüngliche Akkumulation*, Viena, Mandelbaum, 2012 [edición en caste-

- llano: *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de sueños, 2010].
- , *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*, Brooklyn, Nueva York, Autonomedia, 2012 [edición en castellano: *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de sueños, 2010].
- Foucault, Michel, *Ästhetik der Existenz. Schriften zur Lebenskunst*, ed. por Daniel Defert y Francois Ewald, Frankfurt, Suhrkamp, 2007.
- Gago, Verónica, «Financialization of Popular Life and the Extractive Operations of Capital: a Perspective from Argentina», en *South Atlantic Quarterly* 114 (1), 2015, pp. 11-28.
- Hardt, Michael; Negri, Toni Negri, *Labor of Dionysus. A Critique of the State-Form*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1994 [edición en castellano: *El trabajo de Dionisos. Una crítica de la forma-Estado*, Madrid, Akal, 2003].
- Hess, Sabine et al., *Der lange Sommer der Migration. Grenzregime III*, Berlín – Hamburgo, Assoziation A, 2017.
- Hobsbawm, Eric, *Das Zeitalter der Extreme. Weltgeschichte des 20. Jahrhunderts*, München, Dtv,

- 1998 [edición en castellano: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2011].
- Karakayali, Serhat, *Gespenster der Migration. Zur Genealogie illegaler Einwanderung in der Bundesrepublik Deutschland*, Bielefeld, Transcript, 2008.
- Korsch, Karl, *Marx*, Nueva York, Russell and Russell, 1963 [1938] [edición en castellano: *Karl Marx*, Barcelona, Ariel, 1981].
- Krahl, Hans-Jürgen, *Konstitution und Klassenkampf. Zur historischen Dialektik von bürgerlicher Emanzipation und proletarischer Revolution*, Frankfurt a. M., Verlag neue Kritik, 2008.
- Laclau, Ernesto, *On Populist Reason*, Londres – Nueva York, Verso, 2005 [edición en castellano: *La razón populista*, México D. F., FCE, 2016].
- ; Mouffe, Chantal, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres – Nueva York, Routledge, 2001 [1985] [edición en castellano: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 2015].
- Lefebvre, Henri, *Die Zukunft des Kapitalismus. Die Reproduktion der Produktionsverhältnisse*, Múnich, Paul List Verlag, 1982.

- Lessenich, Stephan, *Neben uns die Sintflut. Die Externalisierungsgesellschaft und ihr Preis*, Berlín, Hanser, 2016.
- Lavau, Georges, *A quoi sert le Parti Communiste Français?*, París, Fayard, 1981.
- Marx, Karl; Engels, Friedrich, *Marx-Engels Werke (MEW)*, 39 vols., Berlín, Dietz, 1958-1971.
- Marx, Karl, *El capital*, Madrid, siglo XXI, 2017.
- , *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Valencia, Pre-textos, 2014.
- , *Grundrisse*, Madrid, Siglo XXI, 1971.
- , *La ideología alemana*, Madrid, Akal, 2014.
- , *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 2018.
- Mezzadra, Sandro, *Nei cantieri marxiani. Il soggetto e la sua produzione*, Roma, Manifestolibri, 2004 [edición en castellano: *La cocina de Marx. El sujeto y su producción*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2016].
- ; Neilson, Brett, *Border as Method, or, the Multiplication of Labor*, Durham, NC – Londres, Duke University Press, 2013 [edición en castellano: *La frontera como método*, Madrid, Traficantes de sueños, 2017].
- Negri, Toni, *Die wilde Anomalie. Spinozas Entwurf einer freien Gesellschaft*, Berlín, Wagenbach,

- 1982 [edición en castellano: *La anomalía salvaje*, Madrid, Anthropos, 1993].
- Nachtwey, Oliver, *Die Abstiegs-gesellschaft – Über das Aufbegehren in der regressiven Moderne*, Berlín, Suhrkamp, 2016 [edición en castellano: *La sociedad del descenso. Precariedad y desigualdad en la era posdemocrática*, Barcelona, Paidós, 2017].
- NiUnaMenos, «Llamamiento al paro internacional de mujeres – 8 de Marzo 2017», <https://www.facebook.com/notes/ni-una-menos/llamamiento-al-paro-internacional-de-mujeres-8-de-marzo-2017/588055324718987/>
- Pankoke, Eckart, *Soziale Bewegung – Soziale Frage – Soziale Politik*, Stuttgart, Ernst Klett, 1970.
- Prada Alcoreza, Raúl, «Los movimientos moleculares de la multitud», en *Subversiones indígenas*, La Paz, Muela del Diablo Editores, 2008, pp. 89-144.
- Riofrancos, Thea, «Extractivismo Unearthed: A Genealogy of a Radical Discourse», en *Cultural Studies*, 31 (2–3), 2017, pp. 277-306.
- Roth, Karl-Heinz; Ebbinghaus, Angelika, *Die «andere» Arbeiterbewegung und die Entwicklung der kapitalistischen Repression von 1880 bis zur Gegenwart*, Múnich, Trikont, 1974 [edición en castellano: *El «otro» movimiento obrero*

- y la represión capitalista en Alemania, 1880-1973*, Madrid, Traficantes de sueños, 2010].
- Seibert, Thomas, *Zur Ökologie der Existenz. Freiheit, Gleichheit, Umwelt*, Hamburgo, LAIKA theorie, 2017.
- Serafini, Alessandro (ed.), *L'operaio multinazionale in Europa*, Milán, Feltrinelli, 1974.
- Stefanoni, Pablo; Svampa, Maristella (eds.), *Bolivia: Memoria, Insurgencia y Movimientos Sociales*, Buenos Aires, El Colectivo – Clacso, 2007.
- Stein, Lorenz von, *Der Socialismus und Communismus des heutigen Frankreich. Ein Beitrag zur Zeitgeschichte*, Leipzig, Verlag Otto Wiegand, 1842.
- Therborn, Göran, «Class in the 21st Century», en *New Left Review* 78, 2012, pp. 5-29 [edición en castellano: «Las clases en el siglo XXI», en *New Left Review* 78, pp. 11-38].
- Thompson, E. P., *The Making of the English Working Class*, Londres, Victor Gollancz Ltd., 1963 [edición en castellano: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Capitán Swing, Madrid, 2012].
- Virno, Paolo, *Grammatik der Multitude: Untersuchungen zu gegenwärtigen Lebensformen*, Berlín, ID-Verlag, 2005 [edición en castellano:

Gramática de la multitud, Madrid, Traficantes de sueños, 2003].

Weeks, Kathi, *The Problem with Work: Feminism, Marxism, Antiwork Politics, and Postwork Imaginaries*, Durham, Duke University Press, 2011.

Wehler, Hans-Ulrich (ed.), *Imperialismus*, Colonia – Berlín, Kiepenheuer & Witsch, 1970.

Wolter, Kerstin; Wischnewski, Alexandra, «Vorwärts: Wir brauchen eine Politik für morgen», en *Neues Deutschland*, 2016, Disponible online en: <https://www.neues-deutschland.de/artikel/1032174.vorwaerts-wir-brauchen-eine-politik-fuer-morgen.html> [última visita: 12 de febrero de 2019].

